

NOAM

CHOMSKY

11 de septiembre

Lo que sigue es una serie de entrevistas a Noam Chomsky, mantenidas por una amplia variedad de medios de comunicación, durante el mes posterior a los ataques del 11 de septiembre de 2001 al World Trade Center y al Pentágono.



Noam Chomsky

11 de Septiembre

ePub r1.0
Titivillus 26.03.17

Noam Chomsky, 2001

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Quiero agradecer en particular a David Patersonya Shifra Stern su inestimable ayuda en la puesta al día de la información.

NOAM CHOMSKY

NOTA DEL EDITOR

Lo que sigue es una serie de entrevistas a Noam Chomsky, mantenidas por una amplia variedad de medios de comunicación, durante el mes posterior a los ataques del 11 de septiembre de 2001 al World Trade Center y al Pentágono.

Las entrevistas se llevaron a cabo en gran parte a través de *e-mail*, muchas de ellas con periodistas extranjeros, que hablan y escriben inglés como segunda lengua. Aunque algunas se realizaron durante los ocho días siguientes a los ataques, la edición, los añadidos y las revisiones cotejadas con las últimas noticias continuaron hasta que el libro salió rumbo a la imprenta el 15 de octubre. Como resultado, entrevistas fechadas en septiembre pueden hacer referencia a acontecimientos ocurridos en octubre. Es más, en el proceso de edición se han cortado párrafos en los cuales preguntas y respuestas fueron repetidas en una y otra entrevista. Ocasionalmente, por razones de énfasis, se repiten con toda intención cuestiones o hechos precisos.

Como Chomsky me escribió durante el proceso de edición: «Ciertos hechos han sido completamente borrados de la historia. Hay que aullarlos a los cuatro vientos».

Greg Ruggiero
Ciudad de Nueva York

1

NUNCA DESDE LA GUERRA DE 1812

Basado en una entrevista concedida a Il Manifesto (Italia), 19 de septiembre de 2001.

P: La caída del Muro de Berlín no costó ninguna víctima, pero cambió profundamente el escenario geopolítico. ¿Cree usted que los ataques del 11 de septiembre pueden causar un efecto similar?

CHOMSKY: La caída del Muro de Berlín fue un acontecimiento de gran importancia y, sí, cambió el escenario geopolítico. Pero, en mi opinión, no de la manera que en general se asume. He intentado explicar mis razones en otro sitio y no voy a entrar en ellas ahora.

Las terroríficas atrocidades del 11 de septiembre son algo del todo nuevo en el mundo, no por su escala ni condición, sino por el objetivo que perseguían. Para Estados Unidos, ésta es la primera vez desde la guerra de 1812, que el territorio nacional se ha visto atacado o siquiera amenazado. Muchos comentaristas han sacado a relucir la analogía con Pearl Harbor, pero esa interpretación puede inducir a error. El 7 de diciembre de 1941 fueron atacadas bases militares en dos colonias de Estados Unidos, no en el territorio nacional, que nunca estuvo amenazado. Estados Unidos prefería llamar «territorio» a Hawai pero, en realidad, era una colonia. Durante cientos de años, Estados Unidos aniquiló a la población indígena (millones de personas), conquistó la mitad de México (de hecho, territorios de indígenas, pero ése es otro asunto), intervino violentamente en la región circundante, conquistó Hawai y Filipinas

y, particularmente, en el último medio siglo, extendió el uso de la fuerza por gran parte del mundo. El número de víctimas es colosal. Por primera vez, las armas han sido apuntadas en dirección contraria. Ése es el tremendo cambio.

Lo dicho vale, incluso más dramáticamente, para Europa ya que ésta ha sufrido destrucciones mortíferas causadas por guerras internas. Entre tanto, las potencias europeas conquistaban gran parte del mundo con extrema brutalidad. Salvo rarísimas excepciones, no sufrían el ataque de enemigos extranjeros. India no atacó a Inglaterra, ni el Congo a Bélgica, ni Etiopía a Italia, ni Argelia a Francia (Francia tampoco consideraba que Argelia fuera «colonia»). Por lo tanto no es de sorprender que Europa haya sentido una terrible conmoción ante los crímenes terroristas del 11 de septiembre. Y, por desgracia, no precisamente por su magnitud.

Nadie puede presagiar con precisión qué significa esto. Pero está muy claro que es algo sorprendentemente nuevo.

Mi impresión es que estos ataques no nos van a proporcionar un nuevo escenario político. Más bien confirman la existencia de un problema dentro del «Imperio». El problema concierne a la autoridad y al poder políticos. ¿Qué piensa usted?

Los presuntos autores delatan por sí solos su categoría pero, sin lugar a dudas, arrancan apoyo de una reserva de rencor y odio contra la política de Estados Unidos en la región, que aumentan los sembrados por sus anteriores amos europeos. Existe por cierto el tema de la «autoridad y el poder políticos». En vísperas de los ataques, el *Wall Street Journal* analizaba opiniones de «musulmanes acaudalados» de la región: banqueros, profesionales, hombres de negocios, vinculados a Estados Unidos. Expresaban su desaliento y enfado ante el apoyo de Estados Unidos a Estados despiadadamente autoritarios y ante las barreras que Washington levanta contra el desarrollo y la democracia, con su política de «apuntalar regímenes opresivos». Pero su mayor preocupación era otra: la política de Washington hacia Irak y hacia la ocupación militar llevada a cabo por Israel. Entre las grandes masas pauperizadas y los pueblos que sufren, sentimientos similares son mucho más enconados. Es difícil que les satisfaga ver cómo fluyen las riquezas de la región hacia pequeñas élites pro occidentales y gobernantes corruptos y brutales,

respaldados por la potencia occidental. De manera que definitivamente son problemas de autoridad y poder. La reacción inmediata de Estados Unidos iba a vérselas con esos problemas, intensificándolos. Y, desde luego, habría sido posible evitarlos. En gran parte depende de las conclusiones que se saquen de lo sucedido.

¿Tiene Estados Unidos problemas para gobernar el proceso de globalización? No hablo sólo en términos de seguridad nacional ni de servicios de inteligencia.

Estados Unidos no gobierna el proyecto corporativo de globalización aunque, sin duda, tiene un papel preponderante. Los programas de globalización han despertado enorme rechazo, en primer lugar en el Sur, donde las protestas masivas pueden, con frecuencia, ser sofocadas o ignoradas. En los últimos años, las protestas han alcanzado también a los países ricos y, por consiguiente, se ha convertido en foco de gran inquietud para los poderosos, que ahora se sienten a la defensiva. Y no sin motivo. Hay razones de peso para que el mundo entero se oponga a la particular forma asumida por los derechos de inversión «globalizadores», que están siendo impuestos. Pero no es éste el lugar para hablar del asunto.

«Bombas inteligentes» en Irak, «intervención humanitaria» en Kosovo. Estados Unidos no ha usado nunca la palabra «guerra» en esos casos. Ahora habla de una guerra contra un enemigo anónimo. ¿Por qué?

Al principio Estados Unidos habló de «cruzada», pero enseguida advirtieron que si pretendían reclutar a sus aliados en el mundo islámico por razones obvias sería un grave error. La retórica se inclinó entonces por la palabra «guerra». La Guerra del Golfo de 1991 se llamó «guerra». El bombardeo de Serbia se llamó «intervención humanitaria», una práctica de ninguna manera novedosa. Era la acostumbrada denominación utilizada en las aventuras imperialistas europeas del siglo XIX. Para nombrar algunos ejemplos más cercanos, el trabajo de investigación más importante y reciente sobre «intervención humanitaria» cita tres

casos de este tipo de «intervención humanitaria» en el periodo inmediatamente anterior a la Segunda Guerra Mundial: la invasión japonesa a Manchuria, la invasión de Mussolini a Etiopía y la ocupación de Hitler de los Sudetes. El autor no pretende desde luego sugerir que el término sea acertado; más bien que los crímenes estaban enmascarados como «intervenciones humanitarias».

Que la intervención en Kosovo haya sido en efecto «humanitaria» —posiblemente el primer caso semejante en la historia—, es discutible: la declaración apasionada no basta aunque sólo sea porque, en esos términos, casi cualquier uso de la fuerza queda justificado. Los argumentos para justificar la afirmación de las intenciones humanitarias en el caso de Kosovo son extraordinariamente débiles. O, más precisamente, apenas existen. Las razones oficiales del gobierno son bien distintas. Pero eso es otra cuestión, sobre la cual ya he escrito con bastante detalle en otra parte.

En este caso, no puede utilizarse el pretexto de la «intervención humanitaria». Nos queda la «guerra».

El término apropiado sería «crimen»… Tal vez «crimen contra la humanidad», como ha recalcado Robert Fisk. Existen leyes para castigar los crímenes: es cuestión de identificar a los autores e imputar su responsabilidad. Ésa es la vía ampliamente recomendada en Oriente Medio por el Vaticano y muchos otros. Para eso se requieren evidencias sólidas y se abren las puertas a preguntas peligrosas. Para mencionar sólo la más obvia: ¿quiénes fueron los autores del crimen de terrorismo internacional condenados por el Tribunal Internacional hace quince años?

Por esa razón es mejor usar un término vago, como «guerra». Llamarla «guerra contra el terrorismo» es simple propaganda, a menos que la «guerra» apunte de verdad al terrorismo. Y, evidentemente, tal cosa no está contemplada porque las potencias occidentales nunca se someterían a sus propias definiciones del término, como figura en el Código de Estados Unidos[1] (véase también Apéndice A, Nota 1) o en los manuales de las fuerzas armadas. Si lo hicieran, se revelaría en el acto que Estados Unidos es un conspicuo Estado terrorista, como lo son sus socios.

Querría citar al investigador político Michael Stohl: «Debemos

reconocer que por convencionalismo —y debe recalcarse que sólo por convencionalismo—, el uso del enorme poderío y la amenaza del uso de la fuerza, se considera como diplomacia coercitiva y no como una forma de terrorismo» aunque, en general, supone «la amenaza y, a veces, el uso de la violencia para lo que se denominarían propósitos terroristas, si no fueran las grandes potencias quienes —según el significado literal del término—, siguieran la mismísima táctica». En el caso (reconocidamente inimaginable), de que la cultura intelectual occidental estuviera dispuesta a adoptar el significado literal, la guerra antiterrorista tomaría una forma del todo diferente, acorde con las líneas explicadas con lujo de detalles en la literatura, que no acepta los cánones respetables.

La cita que acabo de hacer aparece en el volumen analítico llamado *Western State Terrorism* [Terrorismo occidental de Estado], de Alex George, publicado hace diez años por una ilustre editorial, innombrable en Estados Unidos. La opinión de Stohl está desarrollada con amplitud a lo largo del libro. Hay muchos otros casos, exhaustivamente documentados en las fuentes más fidedignas —documentos oficiales, por ejemplo, también innombrables en Estados Unidos—, aunque el tabú no es tan estricto en otros países, sean o no, de habla inglesa.

La OTAN mantiene silencio mientras no se aclare si el ataque fue interno o externo. ¿Cómo interpreta usted eso?

No creo que sea ésa la razón de las vacilaciones de la OTAN. No hay dudas serias acerca de que el ataque haya sido «externo». Presumo que las razones de la vacilación de la OTAN son las que los líderes europeos están expresando francamente en público.

Esos líderes reconocen —como lo reconoce cualquiera que tenga algún conocimiento de la región—, que un ataque masivo a la población musulmana sería la respuesta a las plegarias de Bin Laden y sus partidarios, y haría caer a Estados Unidos y sus aliados en una «trampa diabólica», como dijo el ministro de Asuntos Exteriores de Francia.

¿Podría usted decir algo sobre la connivencia y el papel de los servicios secretos estadounidenses?

No entiendo la pregunta. Este ataque significó sin duda un enorme golpe y una sorpresa para los servicios secretos occidentales, incluidos los de Estados Unidos. La CIA desempeñó su papel, de hecho un papel principal, pero fue en los años ochenta, cuando unió a los servicios de inteligencia de Pakistánya otros (Arabia Saudí, Gran Bretaña, etcétera), para reclutar, entrenar y armar a los fundamentalistas islámicos más radicales que pudo encontrar, con el fin de librar una «Guerra Santa» contra los invasores soviéticos de Afganistán.

La mejor fuente sobre el tema es el libro *Unholy Wars* [Guerras impías], escrito por John Cooley, durante largo tiempo corresponsal en Oriente Medio. Como era de predecir, ahora hay en marcha un esfuerzo para limpiar los registros y aparentar que Estados Unidos sólo era un testigo circunstancial inocente. Y, un tanto sorprendentemente, incluso periódicos respetables (ni qué decir los otros), citan con seriedad a agentes de la CIA para «demostrar» esa indispensable conclusión, que viola las normas periodísticas más elementales.

Terminada la guerra, los «afganis» (muchos, como Bin Laden, no eran afganos), volvieron su atención a otras zonas: por ejemplo, a Chechenia o Bosnia, donde pueden haber recibido, por lo menos el apoyo tácito de Estados Unidos. No es de sorprender que fueran bienvenidos por los gobiernos. En Bosnia, a muchos voluntarios islámicos se les concedió la ciudadanía en agradecimiento por la prestación de servicios militares (Carlotta Gall, *The New York Times*, 2 de octubre de 2001).

También dirigieron su atención a China occidental, donde luchan por la liberación contra el dominio chino. Se trata de chinos musulmanes, algunos de ellos enviados por China a Afganistán en fecha tan remota como 1978, para unirse a la rebelión guerrillera contra el gobierno que, a su vez, se unió luego con fuerzas organizadas por la CIA después de la invasión soviética de 1979, en apoyo del gobierno que la Unión Soviética respaldó —e instaló—. De la misma manera que Estados Unidos instaló un gobierno en Vietnam del Sur y luego lo invadió para «defender» al país que estaba atacando. Lo digo para citar una analogía bastante próxima. Lo mismo ocurrió al sur de Filipinas, al norte de África y en otros sitios, para luchar —según ellos lo ven— por las mismas causas.

Volvieron asimismo su atención a sus primitivos enemigos —Arabia Saudí, Egipto y otros Estados árabes—, y en los años noventa también hacia Estados Unidos (Bin Laden considera que Estados Unidos ha invadido Arabia Saudí, lo mismo que la Unión Soviética invadió Afganistán).

¿Qué consecuencias prevé usted que tenga el movimiento de Seattle? ¿Cree que los ataques del 11-09 lo perjudicará o que cobrará impulso?

Con seguridad, un revés para las protestas del mundo entero contra la globalización corporativista, que tampoco empezó en Seattle. Semejantes atrocidades terroristas son un regalo para los individuos más crueles y represivos de todas partes y, sin duda, serán explotados —de hecho ya lo han sido— para acelerar la militarización, la regulación, la marcha atrás de programas democráticos, la transferencia de riqueza a sectores aún más reducidos y el debilitamiento de la democracia en cualquier forma posible. Pero no lo conseguirán sin resistencia, como no sea a corto plazo.

¿Cuáles son las consecuencias para Oriente Próximo? ¿En particular para el conflicto palestino-israelí?

Las atrocidades del 11 de septiembre han sido un golpe devastador para los palestinos, como ellos reconocieron en el acto. Israel está decididamente exultante ante la «oportunidad» que ahora tiene para aplastar, con toda impunidad, a los palestinos. En los días posteriores al ataque del 11-09, los tanques israelíes entraron por primera vez en las ciudades palestinas de Yenín, Ramala y Jericó. Varias docenas de palestinos fueron muertos y se agudizó la política de mano de hierro contra la población. Exactamente como era de esperar. Una vez más ésta es la dinámica común de un ciclo de escalada de violencia, corriente en el mundo entero: Irlanda del Norte, Israel-Palestina, los Balcanes y cualquier otro lugar.

¿Cómo juzga usted la reacción de los estadounidenses? Parecen tener la cabeza bastante fría pero, como Saskia Sassen dijo en una entrevista reciente: «Nos sentimos como si ya estuviéramos en

guerra».

La reacción inmediata fue la sorpresa, el horror, la rabia, el miedo, el deseo de venganza. Pero la opinión pública está dividida y las corrientes contrapuestas no han tardado en desarrollarse. Incluso están siendo reconocidas por los comentarios de los medios de comunicación. Por ejemplo, en los periódicos de hoy.

En una entrevista que usted concedió al diario mexicano* La Jornada*, afirmó que estamos frente a un nuevo tipo de guerra. ¿Qué quiso decir exactamente?

Es un nuevo tipo de guerra por las razones mencionadas en la respuesta a su primera pregunta: los cañones apuntan ahora en distinta dirección, algo nuevo en la historia de Europa y sus acólitos.

¿Son los árabes fundamentalistas por definición? ¿Son el nuevo enemigo de Occidente?

Con seguridad, no. En primer lugar, nadie mínimamente razonable define a los árabes como «fundamentalistas». En segundo lugar, Estados Unidos y Occidente en general no objetan el fundamentalismo religioso como tal. De hecho, Estados Unidos es una de las culturas fundamentalistas más extremas del mundo; no el Estado sino la cultura popular. En el mundo islámico, el Estado fundamentalista más extremo —aparte del talibán— es Arabia Saudí, un Estado satélite de Estados Unidos desde sus orígenes; los talibanes son en realidad vástagos de la versión saudí del Islam.

Los extremistas islámicos radicales —llamados muy a menudo «fundamentalistas»— eran los favoritos de Estados Unidos en los años ochenta porque eran los mejores asesinos que podían encontrar. En aquellos años, el principal enemigo de Estados Unidos era la Iglesia católica, que había cometido el grave pecado de adoptar «la opción preferencial por los pobres» en América Latina y sufrió sangrienta persecución por ello. Occidente es muy ecuménico en su elección de enemigos. Los criterios son la subordinación y el sometimiento al poder, no a la religión. Hay muchos otros ejemplos.

2

¿ES POSIBLE GANAR LA GUERRA CONTRA EL TERRORISMO?

Basado en entrevistas concedidas a Kevin Canfield del *Hartford Courant*, 20 de septiembre de 2001 y David Barsamian, 21 de septiembre de 2001.

P: ¿Es posible ganar la llamada guerra de la nación contra el terrorismo? Si así fuera, ¿cómo? En caso contrario, ¿qué debería hacer la administración Bush para evitar ataques como los que golpearon a Nueva York y Washington?

CHOMSKY: Si consideramos la pregunta con rigor, debemos reconocer que, en gran parte del mundo, Estados Unidos es visto como un conspicuo Estado terrorista. Y con sobrada razón. Debemos tener en cuenta, por ejemplo, que en 1986 Estados Unidos fue condenado por el Tribunal Internacional «por uso ilegal de la fuerza» (terrorismo internacional). Estados Unidos vetó la resolución del Consejo de Seguridad, que exigía a todos los Estados (se refería a Estados Unidos), respetar la ley internacional. Es sólo uno de innumerables ejemplos.

Para mantenernos en el limitado margen de la pregunta —el terrorismo de otros dirigido contra nosotros—, sabemos muy bien cómo debería tratarse el problema, si queremos reducir la amenaza en vez de intensificarla. Cuando las bombas del IRA estallaban en Londres, nadie llamó a bombardear Belfast occidental ni Boston, fuentes de gran parte del apoyo financiero del IRA. En cambio, se

dieron pasos para apresar a los criminales y se hicieron esfuerzos para negociar sobre lo que estaba detrás del origen del terror. Cuando voló un edificio federal en la ciudad de Oklahoma, hubo quien llamó a bombardear Oriente Medio y, tal vez, lo habrían hecho de haberse descubierto que los responsables estaban allí. Cuando se descubrió que era un ataque interno, ligado con las milicias ultraderechistas, nadie pidió que fueran borradas del mapa Idaho y Montana. Lo que se hizo fue buscar al criminal, encontrarlo, juzgarlo y sentenciarlo. Además se hicieron esfuerzos para comprender los agravios que yacían detrás de semejantes crímenes y para tratar de resolver los problemas. Casi cualquier delito —sea un robo callejero o atrocidades colosales— tiene razones y, en general, descubrimos que algunas de ellas son graves y deben ser consideradas.

Hay medios adecuados y legales para proceder en caso de delitos, cualquiera sea su escala. Y existen precedentes. Un ejemplo claro es el que acabo de mencionar, uno que no puede desatar polémica alguna, en vista de la reacción de las más altas autoridades internacionales.

En los años ochenta, Nicaragua fue sometida a un violento ataque por parte de Estados Unidos. Murieron decenas de miles de personas. El país fue prácticamente destruido. Es posible que no se recupere nunca. El ataque terrorista internacional estuvo acompañado por una guerra económica devastadora que, un pequeño país aislado por la venganza de una superpotencia cruel, no podía enfrentar, como han revelado en detalle los historiadores más ilustres de Nicaragua, Thomas Walker entre ellos. Los efectos fueron incluso mucho más graves que la tragedia de Nueva York el otro día. El ataque a Nicaragua no fue represalia por haber puesto bombas en Washington. Los nicaragüenses se presentaron ante el Tribunal Internacional, que falló a su favor, y ordenó a Estados Unidos desistir en su campaña y pagar importantes reparaciones. Estados Unidos desestimó despectivamente el fallo del Tribunal y respondió con una inmediata escalada de ataques. Nicaragua se dirigió entonces al Consejo de Seguridad, que consideró una resolución, pidiendo a los Estados respetar las leyes internacionales. Sólo Estados Unidos la vetó. Los nicaragüenses acudieron entonces a la Asamblea General, donde lograron una resolución semejante,

aprobada con la oposición de Estados Unidos e Israel durante dos años consecutivos (en una ocasión se les unió El Salvador). Así es como debe proceder un Estado. Si Nicaragua hubiera sido suficientemente poderosa, podría haber abierto otro expediente criminal. Ésas son las medidas que Estados Unidos tendría que haber tomado y nadie se las habría bloqueado. Eso es lo que están pidiendo los pueblos de la región, incluidos sus aliados.

Recuerde: los gobiernos de Oriente Próximo y el norte de África, lo mismo que el gobierno terrorista argelino —uno de los más sanguinarios de todos— estarían encantados de unirse a Estados Unidos para luchar contra las redes terroristas que los atacan. Ellos son los primeros blancos. Pero piden evidencias y quieren luchar dentro de un marco de mínimo respeto por las leyes internacionales. La postura de los egipcios es compleja. Son parte del sistema original que organizó las fuerzas islámicas radicales, en las cuales participaba la red de Bin Laden. Fueron sus primeras víctimas cuando fue asesinado Sadat y desde entonces las principales. Les gustaría acabar con él pero —dicen—, si se ofrece alguna evidencia de que esté involucrado en los ataques del 11-09. Siempre dentro del marco de la Carta de las Naciones Unidas y bajo el auspicio del Consejo de Seguridad.

Ése es el camino que se debe seguir si la intención es reducir la probabilidad de mayores atrocidades. Hay otra vía: reaccionar con extrema violencia desencadenando una escalada de violencia, que conduzca a mayores atrocidades, como la que incita a la venganza. La dinámica es muy conocida.

¿Qué aspecto o aspectos de la historia no han contado los principales medios de comunicación? ¿Por qué sería importante examinarlos más a fondo?

Hay varias preguntas fundamentales.

Primero: ¿qué cursos de acción están abiertos para nosotros y cuáles serían sus probables consecuencias? Prácticamente no se ha discutido la opción de atenerse a la ley como han hecho otros países, por ejemplo Nicaragua, país que ya he mencionado (como es natural fracasó, pero nadie pondría obstáculos en el caso de Estados Unidos). O como hizo Inglaterra en el caso del IRA. Incluso como hizo Estados Unidos cuando descubrió que las bombas colocadas en

la ciudad de Oklahoma eran de origen interno. Hay innumerables casos más.

Hasta ahora, lo que ha habido es más bien un altisonante redoble de tambores llamando a la acción violenta, con escasas alusiones al hecho de que esa violencia, no sólo infligirá un tremendo castigo a víctimas del todo inocentes —muchas de ellas afganas, víctimas ya de los talibanes—, sino que provocará la respuesta de las más fervorosas plegarias de Bin Laden y su red.

La segunda pregunta es: «¿por qué?». Esa pregunta nunca se formula con rigor.

Negarse a enfrentar esa pregunta es optar por aumentar significativamente la probabilidad de mayores crímenes. Ha habido algunas excepciones. Como he dicho antes, hay que acreditar al *Wall Street Journal* haber estudiado las opiniones de los «musulmanes acaudalados», personas pro estadounidenses, pero muy críticas con la política de Estados Unidos en la zona, por razones conocidas para cualquiera que haya prestado alguna atención. En las calles el sentimiento es similar, aunque mucho más iracundo y enconado.

La red de Bin Laden, propiamente dicha, tiene una categoría diferente. Durante veinte años sus acciones han causado graves daños a los pueblos pobres y oprimidos de la región, por quienes no se preocupan las redes terroristas. Pero, en esa reserva de rabia, miedo y desesperación, sí ruegan por una reacción violenta de Estados Unidos, que movilizará a otros a plegarse a su horrenda causa.

Temas semejantes deberían ocupar las primeras planas… Al menos, si pretendemos reducir el ciclo de violencia en vez de aumentar su escalada.

3

LA CAMPAÑA IDEOLÓGICA

Basado en entrevistas concedidas a Radio B92 (Belgrado), 18 de septiembre de 2001; Elise Fried y Peter Kreysler para DeutschlandFunk Radio (Alemania), 20 de septiembre de 2001; y Paola Leoni de *Giornale del Popolo* (Suiza), 21 de septiembre de 2001.

P: ¿Cómo ve usted la cobertura dada por los medios de comunicación a este acontecimiento? ¿Hay un paralelo con la Guerra del Golfo en «la fabricación de consenso»?

CHOMSKY: La cobertura de los medios de comunicación no es tan uniforme como los europeos parecen creer, tal vez porque se atienen a *The New York Times*, la National Public Radio, la TV, etcétera. Incluso *The New York Times* concedía esta mañana que las reacciones en Nueva York son bastante distintas de las que se han estado publicando. Es una buena noticia. Una noticia que, además, insinúa que los principales medios de comunicación no la han divulgado. Cosa no del todo cierta, salvo en el caso de *The New York Times*.

El *Times* informa ahora que «los tambores de guerra son apenas audibles en las calles de Nueva York» y que los llamados a la paz, «superan en número a las exigencias de darles su merecido». Incluso ante el improvisado «monumento al aire libre a las pérdidas y al dolor» por las víctimas de la atrocidad. La verdad es que no es algo corriente en el país. Hay con seguridad un deseo casi unánime —

que todos compartimos— por apresar y castigar a los autores de los atentados, si es que se los encuentra. Pero yo creo que hay un profundo sentimiento mayoritario contra el ataque a ciegas y contra la muerte de cantidad de personas inocentes.

Es muy típico de los principales medios de comunicación —y de la clase intelectual en general— estrechar filas en apoyo del poder en tiempos de crisis y tratar de movilizar a la población en pos de la misma causa. Así fue, casi con fervor histérico, en la época de los bombardeos a Serbia. La Guerra del Golfo no fue en absoluto una excepción.

Y el modelo se remonta en la historia a tiempos muy lejanos.

Si asumimos que los terroristas eligieron el World Trade Center como blanco simbólico, ¿significa que la globalización y la hegemonía cultural ayudan a suscitar el odio contra Estados Unidos?

Ésa es una convicción en extremo conveniente para los intelectuales occidentales. Los absuelve de la responsabilidad por los actos que, de verdad, yacen detrás de la elección del World Trade Center. ¿Estaban relacionadas las bombas de 1993 con la preocupación por la globalización y la hegemonía cultural? ¿Asesinaron a Sadat hace veinte años por culpa de la globalización? ¿Es ésa la razón por la cual las fuerzas «afganis», respaldadas por la CIA, lucharon contra la Unión Soviética en Afganistán? ¿O ahora en Chechenia?

Hace pocos días el *Wall Street Journal* comentaba la postura de egipcios ricos y privilegiados, que estaban en un restaurante McDonald's, vestidos al estilo occidental… etcétera. Se mostraban amargamente críticos con Estados Unidos por razones políticas concretas, bien conocidas para todos aquellos que quieran enterarse de ellas: pocos días antes habían recibido un informe sobre lo que pensaban personas privilegiadas y acaudaladas de la región —todas ellas pro estadounidenses—, que criticaban sin piedad la política de Estados Unidos. ¿Son McDonald y los tejanos una forma de expresar inquietud por la «globalización»? La opinión en las calles es similar, pero mucho más intensa. Y no tiene absolutamente nada que ver con los pretextos de moda.

A Estados Unidos y a gran parte de Occidente les convienen esos pretextos. Cito el influyente análisis de *The New York Times* (16 de

septiembre): «[…] los autores actuaron impulsados por el odio a valores acariciados en Occidente como son la libertad, la tolerancia, la prosperidad, el pluralismo religioso y el sufragio universal». Las acciones de Estados Unidos no vienen al caso y, por lo tanto, ni siquiera se mencionan (Serge Schmemann). Es una visión cómoda y la postura generalizada es frecuente en la historia intelectual. De hecho, casi la norma. Semejante interpretación está en total discrepancia con cuanto sabemos, pero tiene todos los méritos de la autoadulación y del apoyo ciego al poder. Y tiene el defecto de propiciar de manera significativa futuras atrocidades, incluidas las dirigidas contra nosotros mismos, quizás incluso más horrendas que las del 11-09.

A la red de Bin Laden, la globalización y la hegemonía cultural le preocupan tan poco como los pobres y los pueblos oprimidos de Oriente Medio, a los cuales ha perjudicado gravemente durante años. Bin Laden dice en voz alta y clara cuáles son sus preocupaciones: Guerra Santa contra los regímenes corruptos, represivos y no islámicos de la región —y contra quienes los apoyan —. Igual que libraron una Guerra Santa contra los soviéticos en los ochenta (y ahora luchan en Chechenia, China occidental, Egipto —en este caso desde 1981, cuando asesinaron a Sadat— y en cualquier otra parte).

El mismo Bin Laden probablemente no ha oído hablar nunca de «globalización». Quienes lo han entrevistado a fondo —como Robert Fisk— dicen que poco sabe del mundo, ni le importa. Si queremos, podemos decidir ignorar todos estos hechos y regodearnos en fantasías autocomplacientes. Pero con considerables riesgos, no sólo para los demás, sino para nosotros. Si decidimos hacerlo, también podemos ignorar, entre otras cosas, las raíces de los «afganis» tipo Bin Laden y sus socios, que tampoco son un secreto.

¿Están los estadounidenses educados para ver estas cosas? ¿Hay conciencia de causa y efecto?

Desgraciadamente no. Tampoco los europeos. Lo que tiene importancia decisiva para los sectores privilegiados de la región de Oriente Medio (y más aún para la gente de la calle), apenas se entiende aquí. El ejemplo más chocante es el contraste entre la política de Estados Unidos hacia Irak y la ocupación militar de

Israel.

Aunque los occidentales prefieran una historia distinta, en Oriente Próximo se considera que la política de Estados Unidos durante los últimos diez años ha devastado a la sociedad civil, mientras ha fortalecido a Sadam Hussein. A quien, como ellos bien saben, Estados Unidos ha apoyado con todo su poder las peores atrocidades, incluida la utilización de gases letales contra los kurdos en 1988. Cuando Bin Laden señala esos casos en emisiones escuchadas en toda la región, su audiencia entiende. Lo entienden incluso quienes lo desprecian, como muchos hacen. Los hechos más importantes referidos a Estados Unidos e Israel apenas se divulgan y son casi unánimemente desconocidos —en particular para la élite de los intelectuales.

Los pueblos de la región no comparten, desde luego, las consoladoras ilusiones prevalecientes en Estados Unidos sobre las «generosas» y «magnánimas» ofertas de Camp David en el verano de 2000, por no hablar de otros mitos favoritos.

Hay abundante material impreso sobre el tema, de fuentes fidedignas bien documentadas, pero apenas se conoce.

¿Cómo ve usted la reacción del gobierno de Estados Unidos? ¿La voluntad de quién representa?

Como otros, el gobierno de Estados Unidos responde, en primer lugar, a los centros de poder internos. Es una perogrullada. Desde luego existen otras influencias. Hasta la del hombre de a pie. El concepto vale para todas las sociedades, incluidos brutales sistemas totalitarios y, con seguridad, para los más democráticos. Hasta donde estamos informados, el gobierno de Estados Unidos explota ahora la ocasión de apretar su propia agenda: militarizar, desarrollar la «defensa antimisiles» —códigos para militarizar el espacio—; socavar programas sociales democráticos; socavar también las preocupaciones por los penosos efectos de la «globalización» corporativa, los temas del medio ambiente, el seguro de salud, etcétera; establecer medidas que intensifiquen la transferencia de riqueza a unos pocos (eliminando, por ejemplo, impuestos a las corporaciones); restringir las libertades, con el fin de acabar con las protestas y el debate públicos. Todo normal y completamente natural. En cuanto a la respuesta, presumo que

escuchará a los líderes extranjeros, a los especialistas en Oriente Medio y, supongo, a sus servicios de inteligencia, que le advierten: una respuesta militar masiva sería atender las plegarias de Bin Laden. Pero hay «halcones» que quieren aprovechar la ocasión para arremeter contra sus enemigos con extrema violencia, sin importarles las víctimas inocentes que pueda provocar —sea aquí o en Europa—, la escalada de violencia. Estamos otra vez ante una dinámica muy conocida. Como de costumbre hay muchos Bin Laden en los dos lados.

La globalización económica ha extendido el modelo occidental por todo el mundo y Estados Unidos ha sido su principal sostén, a veces por medios cuestionables, humillando a las culturas locales. ¿Estamos padeciendo las consecuencias de la política estratégica estadounidense de las últimas décadas? ¿Es Estados Unidos una víctima inocente?

Ésa es la tesis que, en general, se proclama. No estoy de acuerdo. En primer lugar porque el modelo occidental —en particular el modelo estadounidense— está basado en la amplísima intervención del Estado en la economía. Las reglas «neoliberales» son iguales a las de épocas anteriores. Tienen doble filo: la disciplina de mercado es buena para usted, pero no para mí, como no sea por alguna ventaja temporal, cuando estoy en buena posición para ganar a la competencia.

En segundo lugar, lo que pasó el 11 de septiembre no tiene, en mi opinión, prácticamente nada que ver con la globalización económica. Hay que buscar las razones en otra parte. Nada puede justificar crímenes como los del 11 de septiembre. Sólo si adoptamos la cómoda vía de ignorar el registro de sus acciones y de las acciones de sus aliados que, al fin y al cabo, no son precisamente un secreto, es posible pensar en Estados Unidos como «víctima inocente».

Todo el mundo está de acuerdo en que nada será igual después del 11-09, desde los condicionamientos en la vida cotidiana hasta la estrategia global con nuevas alianzas y nuevos enemigos. ¿Qué opina usted*[2]*?

No creo que esta situación conduzca a largo plazo a la restricción de derechos internos en ningún aspecto grave. Creo que las trabas institucionales y culturales están demasiado firmemente arraigadas. Si Estados Unidos decide responder con una escalada de violencia —cosa que probablemente esperan Bin Laden y sus partidarios—, las consecuencias podrían ser tremendas. Hay desde luego otras vías legales y constructivas. Y hay muchos precedentes. Un pueblo alerta dentro de las sociedades más libres y democráticas, puede dirigir la política por caminos mucho más humanos y honorables.

Los servicios de inteligencia mundiales y los sistemas internacionales de control (Echelon, por ejemplo) podrían no prever lo que va a ocurrir, aunque se conociera la red internacional del terrorismo islámico. ¿Cómo es posible que los ojos del Gran Hermano estuvieran cerrados? ¿Debemos temer ahora a un Gran Hermano Mayor?

Francamente nunca me han afectado demasiado las preocupaciones tan voceadas en Europa sobre Echelon, como sistema de control. Con respecto a los servicios de inteligencia mundiales, hay que decir que sus fracasos a través de los años han sido colosales, un asunto sobre el que hemos escrito ya muchos y que no puedo desarrollar aquí.

Esos fracasos son ciertos aunque los blancos de la preocupación hayan sido mucho más fáciles de tratar, que la red de Bin Laden —sin duda tan descentralizada, tan carente de estructura jerárquica y tan dispersa sobre gran parte del mundo—, que se ha vuelto más que impenetrable. Es evidente que a los servicios de inteligencia se les darán medios para que se empeñen más a fondo. Pero un esfuerzo serio para reducir la amenaza de esta clase de terrorismo requiere —como en innumerables otros casos—, un esfuerzo por comprender y atacar las causas.

Bin Laden, el demonio: ¿es un enemigo o más bien la marca, una suerte de logo, que identifica y personaliza el mal?

Bin Laden puede o no estar directamente implicado en estos actos, pero es probable que la red en la cual él era la primera figura lo esté: hablo de las fuerzas establecidas por Estados Unidos y sus

aliados para lograr sus propios fines, a quienes sostuvieron mientras sirvieron a esos fines. Es mucho más fácil personalizar al enemigo —identificado como símbolo de la perversidad última—, que procurar entender qué hay detrás de las mayores atrocidades. Y, como es lógico, existe la tremenda tentación de ignorar el papel de uno mismo que, en este caso, no es difícil de desentrañar y que, desde luego, resulta familiar para cualquiera que tenga algún conocimiento de la región y su historia reciente.

¿No corre esta guerra el riesgo de convertirse en un nuevo Vietnam? El trauma todavía está vivo.

Es una analogía que se saca a relucir con frecuencia. En mi opinión revela el profundo impacto de varios siglos de violencia imperial en la cultura intelectual y moral de Occidente. La guerra de Vietnam empezó con un ataque contra Vietnam del Sur, que siempre fue el objetivo principal de la guerra de Estados Unidos. Acabó devastando gran parte de Indochina. A menos que estemos dispuestos a enfrentar hecho tan elemental, no podemos hablar con rigurosidad de la guerra de Vietnam. Es verdad que la guerra fue costosa para Estados Unidos, aunque los efectos en Indochina fueran sin comparación más espantosos. La invasión de Afganistán también le salió muy cara a la Unión Soviética, pero no es ése el problema que salta a primera vista cuando consideramos aquel crimen.

4

CRÍMENES DE ESTADO

Basado en extractos de una entrevista concedida a David Barsamian, 21 de septiembre de 2001.

P: Como usted sabe hay indignación, cólera y perplejidad en Estados Unidos desde los acontecimientos del 11 de septiembre. Ha habido asesinatos, ataques a mezquitas y hasta a un templo sij. En la Universidad de Colorado, situada aquí en Boulder, una ciudad con reputación de liberal, aparecen graffiti que dicen: «Árabes, váyanse a casa», «Bombardear Afganistán», «Negros del desierto, váyanse a casa». ¿Cómo ve usted las reacciones provocadas por los ataques terroristas?

CHOMSKY: Hay de todo. Lo que usted cuenta ciertamente existe. Pero, por otro lado, hay reacciones contrarias. Sé que las hay donde tengo contactos directos. No soy el único, otros me dicen lo mismo[3].

Hay otro tipo de reacción en personas que apoyan a quienes han sido blanco de ataques por tener la piel más oscura o nombres exóticos. De manera que hay distintas corrientes. La cuestión es saber qué podemos hacer para que prevalezca la opinión de los justos.

¿Cree usted aceptable establecer alianzas con individuos considerados «indeseables», traficantes de drogas y asesinos, para lograr lo que se llama «un fin noble»?

Recuerde que algunos de los personajes más indeseables están en los gobiernos de la región, tanto como en el nuestro y en el de nuestros aliados. Si queremos ser rigurosos, también tenemos que preguntarnos qué es un fin noble. ¿Era un fin noble arrastrar a los soviéticos a la «trampa afgana» en 1979, como Zbigniew Brzezinski sostiene haber hecho? Apoyar la resistencia contra la invasión soviética en diciembre de 1979 es una cosa. Pero incitar a la invasión —como Brzezinski sostiene con orgullo haber hecho— y organizar un ejército terrorista de fanáticos islámicos para lograr sus fines, es otra bien distinta.

Otra pregunta que debemos plantearnos ahora es: ¿qué hay de la alianza que se está formando, cuyas piezas Estados Unidos está tratando de encajar? No debemos olvidar que Estados Unidos es —él mismo— un notorio Estado terrorista. ¿Qué hay de la alianza entre Estados Unidos, Rusia, China, Indonesia, Argelia y Egipto, a todos los cuales complace ver desarrollarse un sistema internacional patrocinado por Estados Unidos, que autorice a llevar adelante sus propias atrocidades terroristas? Rusia, por ejemplo, estaría muy satisfecha de que Estados Unidos respaldara su guerra criminal en Chechenia. Ahí tiene usted a los mismos afganos luchando contra Rusia y, probablemente, llevando también a cabo acciones terroristas dentro de Rusia. Quizá también complacería a India en su conflicto con Cachemira. Indonesia apoyaría con entusiasmo sus masacres en Atjeh. Como ha anunciado la emisión de Argelia que acabamos de oír, Argelia agradecería la autorización para extender su terrorismo de Estado[4]. Lo mismo pasa en China, que lucha contra fuerzas separatistas en las provincias occidentales, «afganis» incluidos, a quienes Irán y China habían organizado para librar la guerra contra los soviéticos. Algunos informes indican que ya lo estaban haciendo en 1978. Y eso pasa en el mundo entero.

Sin embargo, no todos serán admitidos tan fácilmente en la coalición: al fin y al cabo tenemos que mantener las apariencias. «La administración Bush advirtió [el 6 de octubre], que el partido de izquierda sandinista de Nicaragua, que espera volver al poder en las elecciones del mes próximo, ha mantenido lazos» con Estados y organizaciones terroristas y, por lo tanto, «no se puede contar con él para apoyar la coalición antiterrorista internacional, que la administración intenta forjar» (George Gedda, AP, 6 de octubre).

«Como ya hemos declarado, no hay término medio entre aquellos que se oponen al terrorismo y aquellos que lo apoyan», manifestó la portavoz del Departamento de Estado, Eliza Koch. Aunque los sandinistas sostienen haber «abandonado la política socialista y la retórica antiestadounidense del pasado, la declaración de Koch [del 6 de octubre] indicaba que la administración tenía dudas sobre su proclamada moderación». Las dudas de Washington son comprensibles. Nicaragua había atacado tan furiosamente a Estados Unidos que Ronald Reagan se vio obligado a declarar una «emergencia nacional» el 1º de mayo de 1985. Y la renovaba anualmente porque «la política y los actos constituyen una amenaza inusual y extraordinaria para la seguridad nacional y la política exterior de Estados Unidos». Reagan anunció también un embargo contra Nicaragua «en respuesta a la situación de emergencia creada por las actividades agresivas del gobierno nicaragüense en América Central»; hablaba de la resistencia de Nicaragua contra el ataque de Estados Unidos. El Tribunal Internacional desestimó por infundadas las afirmaciones de Washington en cuanto a otras actividades. Un año antes, Reagan había fijado el 1º de mayo como «Día de la Legalidad», celebrando nuestros «200 años de antigüedad, conviviendo dentro de la libertad y la ley». Añadía que sin ley sólo puede haber «caos y desorden». El día anterior celebró el Día de la Legalidad, anunciando que Estados Unidos haría caso omiso de las medidas del Tribunal Internacional, que seguían condenando a su administración por «uso ilegal de la fuerza» y violación de tratados en su ataque a Nicaragua. Ataque intensificado instantáneamente en respuesta a la orden del Tribunal de acabar con el crimen del terrorismo internacional. Es sabido que, fuera de Estados Unidos, el 1º de mayo es un día de solidaridad con las luchas de los trabajadores estadounidenses.

Es pues comprensible que Estados Unidos deba buscar garantías firmes de buena conducta antes de permitir que una Nicaragua dirigida por sandinistas se una a la alianza de la liza emprendida por Washington, que ahora da la bienvenida a otros para que se sumen a la guerra librada contra el terrorismo durante veinte años: Rusia, China, Indonesia, Turquía y otros Estados dignos de respeto. Aunque, desde luego, no a todos.

Piense en la «Alianza del Norte», que ahora apoyan Rusia y

Estados Unidos juntos. La Alianza del Norte es, por encima de todo, un conjunto de señores de la guerra. Han llevado adelante tanta destrucción y tanto terror, que muchos pueblos ven con buenos ojos a los talibanes. Y es más, casi con certeza están involucrados en el tráfico de drogas hacia Tayikistán. Controlan la mayor parte de la frontera y se dice que Tayikistán es —o puede ser— el punto más importante de flujo de drogas hacia Europa y Estados Unidos. Si Estados Unidos se une a Rusia para proporcionar armas pesadas a esas fuerzas y lanzar algún tipo de ofensiva basándose en ellas, lo más probable es que aumente el flujo de drogas, bajo las propicias condiciones del caos y la avalancha de refugiados. Los «personajes indeseables» son, pues, muy conocidos en los anales históricos. Lo mismo puede decirse de los «fines nobles».

Su comentario de que Estados Unidos es un «conspicuo Estado terrorista» puede dejar estupefactos a muchos estadounidenses. ¿Puede explicarlo con más detalle?

El ejemplo más obvio —aunque de ninguna manera el caso extremo — es Nicaragua. Es el más obvio porque no admite discusión. Por lo menos para gente que tenga el menor respeto por las leyes internacionales[5]. Merece la pena recordar —sobre todo porque ha sido unánimemente silenciado—, que Estados Unidos es el único país condenado por terrorismo en el Tribunal Internacional. Estados Unidos vetó, además, una resolución del Consejo de Seguridad, llamando a los Estados a observar las leyes internacionales.

Estados Unidos continúa con el terrorismo internacional. También hay lo que, en comparación, son ejemplos menores. Aquí todo el mundo estalló de ira cuando el bombardeo de la ciudad de Oklahoma y, durante un par de días, los titulares decían: «La ciudad de Oklahoma parece Beirut». No vi que nadie señalara que Beirut también parece Beirut. La razón es en parte que la administración Reagan lanzó un bombardeo terrorista en Beirut en 1985, muy parecido al de la ciudad de Oklahoma: situó un camión bomba delante de una mezquita, calculando el momento de la explosión para matar a la mayor cantidad posible de gente cuando saliera del templo. La bomba mató a ochenta personas e hirió a doscientas cincuenta, la mayoría mujeres y niños, según dijo tres años después el *Washington Post*. La bomba terrorista iba dirigida a un jeque que

no les gustaba y a quien no alcanzaron. No es ningún secreto. No sé qué palabra puede usted aplicar a una política que fue el factor principal en la muerte de tal vez un millón de civiles en Irak, entre ellos quizá medio millón de niños; el precio que el secretario de Estado dice que estamos dispuestos a pagar. ¿Hay algún nombre para eso? El apoyo a las atrocidades cometidas por Israel es otro ejemplo.

Y otro más, es el apoyo a Turquía para aplastar a su propia población kurda: la administración Clinton ofreció ayuda decisiva, aportando el ochenta por ciento de las armas, cantidad que aumentó conforme se intensificaban las atrocidades. Y ésa fue una auténtica atrocidad masiva, una de las peores campañas de limpieza étnica y destrucción librada en los años noventa. Limpieza étnica poco conocida a causa de la tremenda responsabilidad de Estados Unidos. Y, cuando la noticia salió a relucir, la desestimaron sin demasiadas contemplaciones como «error menor», dentro de nuestro generalizado empeño por «poner fin a la falta de humanidad» en todas partes.

Recordemos la destrucción de la planta farmacéutica Al-Shifa en Sudán, una pequeña nota al pie de página rápidamente olvidada, en el registro del terrorismo de Estado. ¿Cuál habría sido la reacción si la red de Bin Laden hubiera volado la mitad de los suministros farmacéuticos en Estados Unidos y la posibilidad de reponerlos? Podemos imaginarla, aunque la comparación no sea ecuánime: las consecuencias son muchísimo más graves en Sudán. Y, lo que es más, ¿cuál habría sido la reacción si Estados Unidos, Israel o Inglaterra hubieran sido blanco de semejante atrocidad? En el caso de Sudán decimos: «Bueno, está bien, es una pena, un error menor, pasemos a otro asunto, dejemos que las víctimas se pudran». Otros pueblos del mundo no reaccionan de esa manera. Cuando Bin Laden sale con un bombardeo, rasga una cuerda retumbante, incluso entre aquellos que lo desprecian y le temen. Desgraciadamente ocurre lo mismo con gran parte del resto de esa retórica.

Aunque sólo sea una nota a pie de página, el caso de Sudán no deja de ser muy instructivo. Un aspecto interesante es la reacción que provoca que alguien se atreva a mencionarlo. Lo he hecho en el pasado y lo he vuelto a hacer en respuesta a preguntas de los periodistas, poco después de las atrocidades del 11-09. He dicho

que los efectos del «horrendo crimen» del 11-09, cometido con «perversidad y tremenda crueldad» (cito a Robert Fisk), pueden ser comparables a las consecuencias del bombardeo de Clinton contra la planta de Al-Shifa en agosto de 1998. Esa verosímil conclusión provocó una reacción extraordinaria. Muchas páginas web y periódicos se llenaron de condenas febriles y descabelladas, que voy a ignorar. Lo único importante es que esa simple frase —que mirada más de cerca parece quedarse corta— fue considerada por algunos comentaristas ignominiosamente escandalosa. Es difícil evitar la conclusión de que, en algún nivel muy profundo, por mucho que se lo nieguen a sí mismos, ven nuestros crímenes contra los débiles tan normales como el aire que respiramos. Somos responsables de nuestros crímenes, como contribuyentes, por no ofrecer enormes reparaciones, por garantizar refugio e inmunidad a los autores y por permitir que hechos tan horrendos se hundan hasta el fondo en el pozo de la memoria. Todo esto tiene mucha trascendencia, como la ha tenido en el pasado.

Con respecto a las consecuencias de la destrucción de la planta de Al-Shifa, sólo tenemos estimaciones. Sudán pretendió que Naciones Unidas hiciera una investigación sobre las razones del bombardeo pero hasta esa investigación fue bloqueada por Washington y pocos parecen haber investigado más a fondo. Pero, con seguridad, estamos obligados a hacerlo. Tal vez tendríamos que empezar por recordar algunas perogrulladas, al menos las que conciernen a los derechos humanos más elementales. Cuando estimamos las víctimas humanas de un crimen, no sólo contabilizamos a quienes han sido asesinados en el lugar, sino a quienes han muerto a consecuencia de él. Ése es el camino que adoptamos reflexiva y debidamente, cuando consideramos los crímenes de enemigos oficiales —Stalin, Hitler o Mao por mencionar sólo los casos más evidentes—. No consideramos que el crimen tenga atenuantes por no ser deliberado, sino reflejo de estructuras institucionales e ideológicas: la hambruna china de 1958-1961 —un caso extremo— no es menos grave por haber sido una «equivocación» ni porque Mao no se hubiera propuesto matar a decenas de millones de personas. Tampoco se atenúa con especulaciones sobre las razones particulares que provocaron las órdenes, que condujeron a la hambruna. De la misma manera

rechazaríamos indignados la acusación de que condenar los crímenes de Hitler en Europa oriental significaría pasar por alto los crímenes de Stalin. Si pretendemos ser rigurosos, apliquémonos siempre las mismas reglas también a nosotros mismos. En este caso contemos las víctimas que murieron como consecuencia del crimen, no sólo aquellos que fueron muertos en Jartum por misiles de crucero; ni consideremos que el crimen tiene atenuantes porque refleja el funcionamiento normal de las instituciones políticas e ideológicas… Como se hizo —aunque haya cierta validez en las (para mí discutibles) especulaciones sobre problemas personales de Clinton que, en cualquier caso, no vienen a cuento—, con razones que todos dan por sentadas, cuando se consideran crímenes de enemigos oficiales.

Con estas perogrulladas en mente, echemos un vistazo a parte del material que estuvo de inmediato disponible en la avalancha periodística. Hago caso omiso a los exhaustivos análisis sobre la validez de los pretextos de Washington, de escasa significación moral, comparada con el tema de las consecuencias.

Un año después del ataque, «sin las medicinas salvadoras producidas [destruidas en las instalaciones], la cifra de los muertos en Sudán a consecuencia del bombardeo ha seguido aumentando poco a poco […] De ese modo decenas de miles de personas —muchas de ellas niños— han sufrido y muerto de malaria, tuberculosis y otras enfermedades que se pueden combatir […] Al-Shifa proporcionaba medicinas asequibles para seres humanos y todas las medicinas para uso veterinario disponibles en Sudán. Producía el noventa por ciento de los principales productos farmacéuticos […] Las sanciones contra Sudán hacen imposible importar cantidades suficientes de medicamentos indispensables para cubrir la grave brecha dejada por la destrucción de la planta […] La acción cometida por Washington el 20 de agosto de 1998 sigue privando al pueblo de Sudán de medicinas vitales. Millones de personas deben estarse preguntando cómo celebrará el Tribunal Internacional de La Haya el aniversario» (Jonathan Belke, *The Boston Globe*, 22 de agosto de 1999).

El embajador alemán en Sudán escribe: «Es difícil establecer cuántas personas han muerto en este pobre país africano, a consecuencia de la destrucción de la fábrica de Al-Shifa, pero varias

decenas de miles parece un cálculo razonable» (Werner Daum, «Universalism and the West» [Universalismo y Occidente], *Harvard International Review*, verano de 2001).

«La pérdida de esta fábrica es una tragedia para las comunidades rurales que necesitan esos medicamentos» (Tom Carnaffin —gerente técnico que conocía a fondo la planta destruida—, citado en Ed Vulliamy, Henry McDonald, Shyan Bhatia y Martin Bright, London *Observer*, 23 de agosto de 1998, artículo de fondo, p. 1).

Al-Shifa «producía el cincuenta por ciento de los medicamentos de Sudán. Su destrucción ha dejado al país sin suministros de cloroquina, base del tratamiento habitual contra la malaria». Meses después, el gobierno laborista británico se negó a «restablecer los suministros de cloroquina como ayuda de emergencia, hasta que los sudaneses pudieran reanudar su producción de fármacos» (Patrick Wintour, *Observer*, 20 de diciembre de 1998).

La planta de Al-Shifa es «la única que producía fármacos contra la tuberculosis —para más de 100 000 pacientes—, por un valor de alrededor de una libra británica al mes. Especialidades importadas más costosas no están al alcance de los sudaneses. Ni de maridos, mujeres e hijos que, para entonces, se habrán contagiado. Al-Shifa era también la única fábrica que producía medicamentos utilizados en veterinaria, en ese vasto país en su mayor parte pastoril. Su especialidad eran los fármacos capaces de matar los parásitos que pasan de las manadas a los pastores, una de las principales causas de mortalidad infantil en Sudán» (James Astill, *The Guardian*, 2 de octubre de 2001).

El callado recuento de víctimas continúa.

Esta información ha sido divulgada por periodistas respetables, que escriben en diarios importantes. Los únicos datos que no he sacado de los periódicos proceden de la fuente más prestigiosa de las que acabo de citar: Jonathan Belke, director del programa regional de la Near East Foundation [Fundación Oriente Próximo], que escribe basándose en trabajos de campo hechos en Sudán. La Fundación es una institución respetable, cuyos orígenes se remontan a la Primera Guerra Mundial. Proporciona asistencia técnica a países pobres de Oriente Próximo y África a través de proyectos de desarrollo gestionados por trabajadores nativos y opera en estrecha colaboración con importantes universidades,

organizaciones de beneficencia y el Departamento de Estado, incluidos diplomáticos ilustres y figuras destacadas de Oriente Medio, dedicados a cuestiones de educación y desarrollo.

De acuerdo, pues, con análisis que están a nuestro alcance, si tenemos en cuenta la proporción en el número de habitantes, el bombardeo a Al-Shifa equivaldría a un solo ataque a Estados Unidos, organizado por la red de Bin Laden, en el que «cientos de miles de personas —entre ellos muchos niños— sufrieran y murieran de enfermedades fácilmente curables». Aunque, como ya he señalado, la analogía es improcedente. Sudán es «una de las regiones del mundo menos desarrolladas. La rigurosidad del clima, la escasez de población, el riesgo de enfermedades y una infraestructura que se cae a pedazos, se combinan para que la vida de muchos sudaneses no sea más que la lucha por la supervivencia. En un país con malaria y tuberculosis endémicas —aparte de muchas otras enfermedades—, donde los brotes periódicos de meningitis y cólera son frecuentes, los medicamentos asequibles son una necesidad imperiosa» (Jonathan Belke y Kamal El-Faki, informes técnicos de campo, para la Near East Foundation). Sudán es, además, un país con limitadas extensiones de tierras cultivables, escasez crónica de agua potable, enorme índice de mortalidad, poca industria, deuda inmanejable. Está arrasado por el sida, devastado por una guerra interna sanguinaria y destructiva, sometido a severas sanciones. Lo que ocurre dentro el país es en gran parte materia de especulación; incluida la (bastante plausible) estimación de Belke de que en un año «han padecido y muerto» decenas de miles de personas a consecuencia de la destrucción del mayor establecimiento productor de fármacos asequibles y medicamentos veterinarios.

Lo dicho sólo roza la superficie.

La ONG Human Rights Watch informó que, como consecuencia inmediata del bombardeo, «todas las oficinas de Naciones Unidas de Jartum han evacuado al personal estadounidense, como han hecho muchas otras organizaciones de ayuda», de manera que «varios esfuerzos de ayuda se han suspendido indefinidamente, incluido el de fundamental importancia dirigido por la oficina estadounidense del Comité de Socorro Internacional —establecida en una ciudad controlada por el gobierno—, donde mueren diariamente más de

cincuenta personas»; son zonas «del sur de Sudán, donde Naciones Unidas estima que dos millones cuatrocientas mil personas corren el peligro de morir de hambre» y «la interrupción de asistencia» a la «población devastada» puede provocar una «terrible crisis».

Y lo que es aun peor, el bombardeo de Estados Unidos «parece haber hecho añicos la lenta tendencia que evolucionaba hacia una solución de compromiso entre los bandos en guerra de Sudán» y ha acabado con los prometedores pasos dados para lograr un acuerdo de paz, que termine con la guerra civil que ha dejado millón y medio de muertos desde 1981. El acuerdo podría haber conducido también a «la paz en Uganda y toda la cuenca del Nilo». Al parecer, el ataque «hizo trizas [...] los ansiados beneficios de un giro político en el corazón del gobierno islamista sudanés» hacia «un compromiso pragmático con el mundo exterior», acompañado por esfuerzos para dirigir la crisis interna de Sudán, suspender el apoyo al terrorismo y reducir la influencia de los islamistas radicales (Mark Huband, *Financial Times*, 8 de septiembre de 1998).

Hasta donde es posible rastrear las consecuencias, podemos comparar el crimen de Sudán con el asesinato de Lumumba, que ayudó a hundir al Congo durante décadas en una masacre que todavía continúa; o con el derrocamiento del gobierno democrático de Guatemala en 1954, que condujo a cuarenta años de atrocidades horrendas; o con muchos otros semejantes.

Las conclusiones de Huband fueron reiteradas tres años después por James Astill, en el artículo antes citado. Astill revisa «el costo político para un país que luchaba por salir de una dictadura militar totalitaria, un islamismo ruinoso y una prolongada guerra civil, antes del ataque con misiles que, al día siguiente, sumió a Jartum en la pesadilla extremista, de la cual estaba intentando escapar». Ese «costo político» puede haber sido incluso más dañino para Sudán que la destrucción de sus «precarios servicios médicos», concluye Astill.

Astill cita al doctor Idris Eltayeb, uno del puñado de farmacólogos sudaneses y presidente del consejo directivo de Al-Shifa: el crimen, dice, «es un acto de terrorismo igual al de las Torres Gemelas. La única diferencia es que sabemos quién lo cometió. Lamento mucho la pérdida de vidas [en Nueva York y Washington], pero en términos de cifras y en el costo relativo para

un país pobre, el bombardeo de Sudán fue peor».

Desgraciadamente puede tener razón en cuanto a «la pérdida de vidas en términos de cifras», aunque no tengamos en cuenta «el costo político» a largo plazo.

Evaluar «el costo relativo» es una empresa que no voy a intentar y no hace falta decir que clasificar los crímenes de acuerdo con cualquier escala es en general absurdo, aunque la comparación del recuento de víctimas sea perfectamente razonable, incluso corriente, entre eruditos.

El bombardeo también significó severos costos para el pueblo de Estados Unidos, como saltó a la vista el 11 de septiembre. O debió haberlo hecho. Me parece sorprendente que no se hayan sacado a relucir esos costos con suficiente insistencia (diría más bien, que no se han mencionado en absoluto) en la exhaustiva discusión a propósito de los fallos de los servicios de inteligencia, que están detrás de las atrocidades del 11.

Justo antes del ataque con misiles de 1998, Sudán detuvo a dos hombres sospechosos de haber bombardeado las embajadas de Estados Unidos en África oriental y notificó a Washington, según confirman funcionarios de Estados Unidos. Pero Estados Unidos rechazó la colaboración ofrecida por Sudán y, después del ataque al laboratorio, Sudán «liberó indignado» a los sospechosos (James Risen, *The New York Times*, 30 de julio de 1999). Desde entonces se los ha identificado como miembros de la red de Bin Laden. Hace poco, memorándum filtrados del FBI, añaden otra razón para que Sudán «liberara indignado» a los sospechosos. Los memorándum revelan que el FBI quería extraditarlos, pero el Departamento de Estado se negó. Un «agente veterano de la CIA» dice ahora que haber rechazado las ofertas de cooperación de Sudán «es el peor de los fallos cometidos por los servicios de inteligencia, en el terrible caso» del 11 de septiembre. El veterano agente sostiene que «ahora mismo es la clave de todo el asunto» por la abultada información que sobre Bin Laden Sudán ofreció proporcionar. Ofertas que fueron repetidamente rechazadas a causa del «odio irracional» de la administración estadounidense contra Sudán. Las ofertas sudanesas rechazadas incluían «una vasta base de datos de inteligencia sobre Osama bin Laden y más de doscientos miembros destacados de su red terrorista Al Qaeda, en los años previos que condujeron a los

ataques del 11 de septiembre». A Washington «le ofrecieron voluminosos registros, con fotografías, biografías detalladas de sus principales cuadros e información vital sobre los intereses financieros de Al Qaeda en muchas partes del mundo». Pero se negaron a aceptar la información en nombre del «odio irracional» provocado por haber sido blanco de su ataque con misiles. «Es razonable decir que, de haber tenido esos datos, habríamos tenido más posibilidades de evitar los ataques del 11 de septiembre», concluye el mismo veterano de la CIA (David Rose, *Observer*, 30 de septiembre de 2001, informando sobre una investigación llevada a cabo por ese periódico).

Son escasas las posibilidades de estimar el número de víctimas del bombardeo a Sudán. Sin contar las probables decenas de miles de víctimas sudanesas habidas inmediatamente después. Si tenemos la honestidad de adoptar las normas que, como es debido, aplicamos a nuestros enemigos oficiales, el recuento completo de víctimas es, al menos, el que se puede atribuir a cualquier acto terrorista. La reacción en Occidente dice mucho de nosotros mismos, si admitimos otra perogrullada moral: mírate en el espejo.

O, para volver a «nuestra pequeña región de por aquí, que nunca ha molestado a nadie», como llama Henry Stimson al hemisferio occidental, tomemos el caso de Cuba. Después de sufrir durante varios años ataques terroristas, que empezaron a fines de 1959 —incluidas atrocidades muy graves—, Cuba tendría derecho a recurrir a la violencia contra Estados Unidos, según la escasamente cuestionada teoría estadounidense. Es por desgracia demasiado fácil continuar, no sólo con Estados Unidos, sino también con otros Estados terroristas.

En su libro* Cultura del terrorismo*, dice que «el escenario cultural está iluminado con particular claridad por el pensamiento de las palomas liberales, que establecen los límites de la discrepancia respetable». ¿Cómo se están portando las «palomas» desde los acontecimientos del 11 de septiembre?

Como no me gusta generalizar, tomemos un ejemplo concreto. El 16 de septiembre, *The New York Times* informó que Estados Unidos ha exigido a Pakistán suspender la ayuda alimentaria a Afganistán. Ya lo había insinuado antes, pero en ese momento lo manifestó

rotundamente. Entre otras exigencias que Washington impuso a Pakistán decía que también «demandaba [...] la eliminación de convoyes de camiones, que proporcionaban gran parte de los alimentos y otros suministros a la población civil afgana»: los alimentos que, probablemente, mantienen a millones de personas justo al borde de la inanición (John Burns, Islamabad, *The New York Times*). ¿Qué significa eso? Significa que una cantidad desconocida de afganos morirán de hambre. ¿Son talibanes? No, son víctimas de los talibanes. Muchos de ellos son refugiados en su propio país, a quienes no se les permite salir. Pero aquí hay un mandato que dice: muy bien, procedamos a matar una cantidad incalculable —pueden ser millones— de afganos hambrientos, víctimas de los talibanes. ¿Cuál fue la reacción?

Pasé la mayor parte de ese día conectado a la radio y la televisión de todo el mundo. Seguí hablando del tema. Nadie, ni en Europa ni en Estados Unidos, fue capaz de decir una palabra en contra. En otras partes del mundo abundaron las voces de protesta. Incluso en la periferia de Europa, como ocurrió en Grecia. ¿Cuál tendría que haber sido nuestra reacción? Supongamos que alguna potencia fuera suficientemente fuerte para decir «Hagamos algo para que una cantidad enorme de estadounidenses mueran de hambre». ¿Cree usted que sería un problema grave? Y, una vez más, la analogía no es ecuánime. En el caso de Afganistán, condenado a pudrirse después de haber sido destruido por la invasión soviética y explotado por la guerra de Washington, gran parte del país está en ruinas y su población desesperada. Ya es una de las peores crisis humanitarias del mundo.

La National Public Radio que, en los años ochenta fue denunciada por la administración Reagan como «Radio Managua en el Potomac», también está considerada «opositora», al borde del debate aceptable. Noah Adams, el presentador de* All Things Considered *[Tenerlo todo en cuenta], hizo estas preguntas el 17 de septiembre: «¿Deben permitirse los asesinatos?». «¿Debe darse a la CIA más libertad de acción?»

A la CIA no debe permitírsele cometer asesinatos, pero eso es lo de menos. ¿Puede permitirse a la CIA colocar un coche bomba en Beirut, como he mencionado antes?

Por cierto, no es un secreto. Aunque se publicó como noticia destacada en los principales medios de comunicación, no tardó en olvidarse. Por lo visto, el atentado no violaba ninguna ley. Y no es sólo la CIA. ¿Tendría que haberse permitido organizar en Nicaragua un ejército terrorista, encargado —directamente por boca del Departamento de Estado— de la tarea oficial de atacar «objetivos fáciles» en Nicaragua, es decir, cooperativas agrícolas indefensas y centros de atención médica? Recuerde que el Departamento de Estado aprobó oficialmente esos ataques, después de que el Tribunal Internacional ordenara a Estados Unidos poner fin a su campaña terrorista internacional y pagar cuantiosas reparaciones. ¿Qué nombre se le puede dar a semejante decisión?

¿Y a la de establecer una organización como la red de Bin Laden, no a él en persona, sino a las organizaciones que lo respaldan?

¿Debe estar autorizado Estados Unidos para proveer a Israel de helicópteros de guerra, utilizados para llevar adelante su política de asesinatos y ataques a blancos civiles? Eso no se le puede adjudicar a la CIA. Fue la administración Clinton, sin que hubiera notorias objeciones. De hecho, no se informó, aunque las fuentes son impecables.

¿Podría usted definir brevemente los usos políticos del terrorismo? ¿Encaja dentro de nuestra doctrina oficial?

Estados Unidos está oficialmente comprometido con lo que se llama «guerras de baja intensidad». Ésa es la doctrina oficial. Si lee usted las definiciones corrientes de los conflictos de baja intensidad y las compara con las definiciones oficiales de «terrorismo» en los manuales del ejército o el Código de Estados Unidos (véase p. 16, nota al pie de página), encontrará que son casi las mismas. Terrorismo es el uso de medios coercitivos dirigidos a poblaciones civiles en un esfuerzo por lograr objetivos políticos, religiosos u otros. Eso es lo que fue el ataque al World Trade Center, un crimen terrorista particularmente horrendo.

De acuerdo con las definiciones oficiales, el terrorismo es simplemente parte de la acción del Estado, la doctrina oficial. Y, por supuesto, no sólo en Estados Unidos.

No es como suele proclamarse «el arma de los débiles».

Todas estas cosas tendrían que ser bien conocidas. Es vergonzoso que no lo sean. Todo aquel que quiera descubrir algo de ellas puede empezar leyendo la recopilación de Alex George antes mencionada, que recorre muchos y muchos casos. Son cosas que la gente necesita saber, si quiere entender algo de sí misma. Las víctimas por supuesto las saben, pero los autores prefieren mirar para otro lado.

5

ESCOGER LA ACCIÓN

Basado en una entrevista concedida a Michael Albert, 22 de septiembre de 2001.

P: En beneficio de la discusión, asumamos que Bin Laden está detrás de los acontecimientos. Si así fuera, ¿qué razones puede haber tenido? Por cierto, no ayudarán a los pobres ni a los desposeídos de ninguna parte y, mucho menos, a los palestinos. De modo que si fue él quien planeó la acción, ¿cuál es el objetivo?

CHOMSKY: Hay que ser cauteloso con este tema. Según Robert Fisk, que lo ha entrevistado varias veces y durante muchas horas, Osama Bin Laden comparte el odio contra Estados Unidos, que provoca en todos los habitantes de la región su presencia militar en Arabia Saudí, su apoyo a las atrocidades contra los palestinos y la devastación —liderada por Estados Unidos— de la sociedad civil iraquí. El sentimiento de ira es compartido por ricos y pobres, en el espectro político y otros.

Quienes conocen bien las condiciones, tienen también sus reservas en cuanto a la capacidad de Bin Laden para planear una operación tan sofisticada desde una cueva en algún lugar de Afganistán. Pero que su red haya estado involucrada es muy plausible, como así también que él les sirva de inspiración. Las suyas son estructuras descentralizadas, no jerárquicas, probablemente con limitados vínculos de comunicación entre sí. Es del todo posible que Bin Laden diga la verdad cuando afirma que él

no sabía nada de la operación.

Es evidente que Bin Laden dice claramente lo que quiere no sólo a cualquier occidental dispuesto a entrevistarlo —como Fisk— sino, lo que es mucho más importante, a la audiencia de habla árabe, a la cual se dirige a través de casetes que circulan ampliamente. Si, en beneficio de la discusión, adoptamos su esquema, el primer objetivo es Arabia Saudí y otros regímenes corruptos y represivos de la región, ninguno de los cuales es verdaderamente «islámico». Él y su red se proponen apoyar a los musulmanes para que se defiendan de los «infieles», dondequiera que estén: Chechenia, Bosnia, Cachemira, China occidental, el sudeste asiático, África del Norte y, tal vez, en otras regiones. Libraron y ganaron una Guerra Santa para desalojar del Afganistán musulmán a los soviéticos (europeos que, desde su punto de vista, no son significativamente muy distintos de los estadounidenses o británicos) y todavía tienen más afán por echar a los estadounidenses de Arabia Saudí, país importantísimo para ellos, puesto que allí están los lugares islámicos más sagrados.

Su llamado para derrocar regímenes corruptos y brutales de gángsteres y torturadores tiene amplio eco, como lo tiene su indignación contra las barbaridades que él y otros atribuyen a Estados Unidos, no sin bastante razón. Es rigurosamente cierto que sus crímenes son en extremo perjudiciales para los pueblos más pobres y oprimidos de la región. Por ejemplo, los últimos ataques —los del 11-09— fueron demoledores para los palestinos. Pero lo que parece una absoluta incoherencia desde fuera, puede ser percibido de modo muy distinto desde dentro. Su lucha contra opresores reales —por dañinos que sean sus actos— hace de Bin Laden un héroe para las mayorías pobres. Y, si Estados Unidos consigue matarlo, puede convertirse en un personaje aún más poderoso como mártir, cuya voz continuará oyéndose en los casetes circulantes y por otros medios. Él es, después de todo, no sólo un símbolo sino una fuerza objetiva para Estados Unidos y para gran parte de la población.

Creo que hay sobradas razones para tomar sus palabras al pie de la letra. Es difícil que sus crímenes hayan sorprendido a la CIA. La «bofetada» de fuerzas islámicas radicales organizadas, armadas y entrenadas por Estados Unidos, Egipto, Francia, Pakistán y otros

empezó casi al mismo tiempo que el asesinato en 1981 del presidente Sadat de Egipto, uno de los impulsores de las fuerzas más entusiastas, reunidas para librar una Guerra Santa contra los soviéticos. Desde entonces, la violencia ha continuado sin tregua.

La bofetada ha sido por demás directa como viene siendo habitual a lo largo de cincuenta años de historia, incluyendo el flujo de drogas y la violencia. Tomemos un caso: el principal especialista en el tema, John Cooley, cuenta que agentes de la CIA «asistieron conscientemente» a la entrada en Estados Unidos del religioso radical islámico egipcio Sheikh Omar Abdel Rahman en 1990 (*Unholy Wars* [Guerras impías]). Ya era buscado por Egipto, acusado de terrorismo. En 1993 estuvo implicado en el atentado con bombas del World Trade Center, siguiendo procedimientos enseñados por manuales de la CIA que, presumiblemente, fueron provistos a los «afganis» en la guerra contra los soviéticos. El plan era volar el edificio de Naciones Unidas, los túneles Lincoln y Holland, como así también otros blancos. Sheikh Omar fue acusado de conspiración y sentenciado a largos años de cárcel.

Una vez más, si Bin Laden planeó estos ataques y, especialmente, si el temor popular a otros ataques semejantes es creíble, ¿cuál es el enfoque acertado para reducir o eliminar el peligro? ¿Qué pasos debían dar Estados Unidos y otros gobiernos interna y exteriormente? ¿Cuáles serían los resultados de esos pasos?

Cada caso es distinto, pero hagamos unas cuantas analogías. ¿Cómo debería Inglaterra enfrentar el problema de las bombas colocadas por el IRA en Londres? Una posibilidad podría haber sido enviar a la Royal Air Force a bombardear las fuentes financieras del IRA, por ejemplo, lugares como Boston. O infiltrar comandos, capturar a los sospechosos de estar involucrados en la financiación y ejecutarlos. O llevarlos detenidos a Londres y someterlos a juicio.

Ignoremos la viabilidad del proyecto, cosa que habría sido una idiotez criminal. La otra posibilidad sería considerar con espíritu realista el fondo de los intereses y los agravios, tratar de remediarlos y, al mismo tiempo, obedecer las normas de la ley y castigar a los criminales. Yo diría que eso tendría mucho más sentido. Tomemos el caso de las bombas en el edificio federal de la ciudad de Oklahoma. Hubo llamamientos inmediatos a bombardear

Oriente Medio y tal vez se habría hecho de haberse encontrado el más remoto indicio de vinculación. Cuando en cambio se descubrió que se trataba de un ataque concebido dentro de Estados Unidos —por alguien con conexiones en la milicia—, no hubo llamamientos para borrar del mapa a Montana ni Idaho o la «República de Texas», que pedía la secesión del gobierno ilegítimo y opresor de Washington. Buscaron al autor, lo encontraron, lo enjuiciaron y lo condenaron. Y, hasta donde la reacción fue sensata, se hicieron esfuerzos por comprender los agravios que habían provocado semejante crimen y por prestar atención a los problemas. Ésa es la vía que debemos seguir, si no queremos apartarnos de la auténtica justicia. Y la esperanza de reducir, no aumentar, las probables futuras atrocidades. Los mismos principios deben sostenerse en todos los casos, con la debida atención a circunstancias variables. En este caso hay que sostenerlos con más empeño que nunca.

¿Cuáles son, por el contrario, los pasos que piensa dar el gobierno de Estados Unidos? ¿Cuáles serán los resultados si sus planes tienen éxito?

Lo que se ha anunciado es una virtual declaración de guerra contra todos aquellos que no se unan a Washington en su afán por recurrir a la violencia, cualquiera que sea el tipo de violencia que elija.

Las naciones del mundo se enfrentan con «escaso margen» de elección: unirse a nuestra cruzada o «enfrentarse a una perspectiva cierta de muerte y destrucción» (R. W. Apple, *The New York Times*, 14 de septiembre). La retórica que Bush empleó el 20 de septiembre reitera enérgicamente esa postura. En sentido literal es una virtual declaración de guerra contra gran parte del mundo. Pero estoy seguro de que no debemos interpretarla literalmente. Quienes toman las decisiones de gobierno no quieren socavar sus intereses personales hasta ese extremo. Cuáles son sus verdaderos planes, no lo sabemos. Pero supongo que se tomarán muy en serio las advertencias que les hacen líderes extranjeros, expertos en la región y, es de esperar, sus servicios de inteligencia, cuando advierten que un ataque militar masivo —que mataría a muchos civiles inocentes— es exactamente «lo que los autores de la matanza de Manhattan quieren. La represalia militar daría alas a su causa, convertiría a su líder en ídolo, desvalorizaría la moderación y convalidaría el

fanatismo. Si alguna vez la historia necesitó un catalizador para provocar un nuevo y horrendo conflicto entre árabes y Occidente podría ser éste» (Simon Jenkins, *Times*, Londres, 14 de septiembre, uno de los muchos analistas que señala desde el principio esos puntos con insistencia).

Aunque mataran a Bin Laden —incluso con más razón si lo matan—, la muerte de inocentes no haría más que intensificar los sentimientos de ira, desesperación y frustración, endémicos en la región, y movilizar a otros para apoyar su horrenda causa.

Lo que haga la administración dependerá, por lo menos en parte, del estado de ánimo del país que, es de esperar, influya. No podemos decir con absoluta certeza cuáles serán las consecuencias de sus acciones, como no puede decirlo la propia administración. Pero hay juicios verosímiles y, a menos que se respete el camino de la razón, la ley y las obligaciones impuestas por los tratados, las perspectivas pueden ser más que sombrías.

Muchos opinan que los ciudadanos de los países árabes tendrían que haber asumido la responsabilidad de hacer desaparecer del planeta a los terroristas y a los gobiernos que apoyan el terrorismo. ¿Cuál es su opinión?

Lo sensato es hacer un llamamiento a los ciudadanos para acabar con los terroristas, en vez de elegirlos para ocupar altos cargos, alabándolos y recompensándolos. Pero por eso no sugiero «hacer desaparecer del planeta a funcionarios electos, a sus consejeros, a su clase intelectual y a su clientela». Ni destruir a nuestro gobierno y a otros gobiernos occidentales por sus crímenes terroristas y su apoyo al terrorismo en el mundo entero. Incluidos muchos que, de amigos favoritos y aliados, han pasado a la categoría de «terroristas», por haber desobedecido las órdenes de Estados Unidos: Sadam Hussein y otros como él. En cambio, es más bien injusto culpar a ciudadanos de regímenes despiadados y brutales —que nosotros apoyamos—, por no asumir su responsabilidad, cuando no lo hemos hecho nosotros en circunstancias mucho más propicias.

Muchos opinan que, a lo largo de la historia, una nación atacada devuelve el ataque de la misma manera. ¿Qué piensa usted?

Cuando los países son atacados tratan de defenderse… si pueden. Según la doctrina de quienes opinan así, Nicaragua, Vietnam del Sur, Cuba y muchos otros, debían haber puesto bombas en Washington y otras ciudades de Estados Unidos; debía aplaudirse a los palestinos por bombardear Tel Aviv, etcétera, etcétera. Porque esas doctrinas llevaron a Europa al borde de la aniquilación —después de cientos de años de salvajismo—, las naciones del mundo forjaron un acuerdo con un nuevo enfoque, al terminar la Segunda Guerra Mundial. Establecieron —al menos formalmente— el principio de rechazar el recurso a la fuerza —excepto en caso de defensa propia contra un ataque armado—, hasta que actúe el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, para proteger la paz y la seguridad internacionales. Las represalias están específicamente prohibidas. Puesto que —según el Artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas—, en Estados Unidos no ha habido un ataque armado, esas consideraciones están fuera de lugar… Por lo menos si aceptamos aplicarnos a nosotros mismos los principios fundamentales de las leyes internacionales. Y no sólo los aplicamos a aquellos que no nos gustan.

Además de las leyes internacionales, tenemos siglos de experiencia que nos dicen, exactamente, qué implican las doctrinas ahora propuestas y aclamadas por muchos comentaristas. En un mundo con armas de destrucción masiva, lo que implica es el inminente final del experimento humano. En última instancia, es la razón por la cual hace medio siglo, los europeos decidieran que era mejor dar por terminado el juego de masacres mutuas, que se habían permitido durante siglos.

En los días que siguieron al 11-09, mucha gente se horrorizó al ver las manifestaciones de ira contra Estados Unidos, que surgieron en distintas partes del mundo, manifestaciones que no sólo estaban limitadas a Oriente Medio. Imágenes de personas celebrando la destrucción del World Trade Center llevaron al pueblo a clamar venganza. ¿Cuál es su reacción?

Un ejército respaldado por Estados Unidos tomó el control de Indonesia en 1965, organizando la matanza de cientos de miles de personas —la mayoría campesinos sin tierras—, en una masacre que la CIA comparó con los crímenes de Hitler, Stalin y Mao. La

masacre —fielmente relatada— provocó una euforia descontrolada en Occidente, en los medios de comunicación nacionales y en otros sitios. Los campesinos indonesios no nos habían hecho ningún daño. Cuando Nicaragua sucumbió finalmente ante el ataque de Estados Unidos, los principales medios de comunicación elogiaron el éxito de los métodos adoptados para «asfixiar la economía y librar una larga y mortífera guerra por delegación, hasta que los agotados habitantes derrocaron ellos mismos al indeseable gobierno», con un costo «mínimo» para nosotros, pero dejando a las víctimas «con puentes destruidos, centrales eléctricas saboteadas y granjas en ruinas». Así proporcionaron al candidato de Estados Unidos «un resultado decisivo»: terminar con «la pauperización del pueblo de Nicaragua» (*Time*). Estamos «Unidos en la Alegría» ante este resultado, proclamaba *The New York Times*. Es fácil dar más ejemplos.

Pocas personas celebraron en el mundo los crímenes de Nueva York; las atrocidades fueron abrumadoras y apasionadamente deploradas, incluso en lugares donde la gente ha sido pisoteada durante mucho, mucho tiempo, por las botas de Washington. Pero había sin duda sentimientos de ira contra Estados Unidos. Sin embargo, que yo sepa, no ha habido en Occidente nada tan grotesco como los dos ejemplos que acabo de mencionar ni otros muchos semejantes.

Según su punto de vista y yendo más allá de esas reacciones públicas, ¿cuáles son las verdaderas motivaciones de la política de Estados Unidos en este momento? ¿Cuál es el propósito de «la guerra contra el terror» que propone Bush?

La «guerra contra el terror» ni es nueva ni es «guerra contra el terror». Debemos recordar que la administración Reagan llegó al poder hace veinte años, proclamando que, «el terrorismo internacional» (auspiciado en todo el mundo por la Unión Soviética), era la mayor amenaza que enfrentaba Estados Unidos, principal objetivo del terrorismo, sus aliados y amigos. Debíamos por lo tanto dedicarnos a erradicar ese «cáncer», esa «plaga», que estaba destruyendo la civilización. Los «reaganistas» actuaron según ese mandato, organizando campañas de terrorismo internacional —extraordinarias por su escala y capacidad de destrucción— que,

incluso, condujeron a la condena de Estados Unidos por parte del Tribunal Internacional, cuando prestaba apoyo a muchos otros terrorismos. Por ejemplo, en el sur de África, donde Occidente respaldó a Sudáfrica en sus depredaciones, matando a millón y medio de personas y causando daños valorados en sesenta mil millones de dólares, sólo durante los años de la administración Reagan. La histeria a propósito del terrorismo internacional alcanzó su apogeo a mediados de los años ochenta, mientras Estados Unidos y sus aliados estaban enzarzados en dirigir la tarea de extender el cáncer que exigían debía ser extirpado.

Tenemos dos opciones, podemos vivir en un mundo de cómodas ilusiones o mirar la historia reciente, las estructuras institucionales que permanecen esencialmente intactas, los planes que se están anunciando… y, en consecuencia, contestar a la pregunta. No conozco ninguna razón para suponer que haya habido un cambio repentino en las antiguas motivaciones u objetivos políticos, aparte de ajustes tácticos ante el cambio de circunstancias.

También debemos recordar que una de las elevadas tareas de los intelectuales es proclamar cada tantos años que hemos «cambiado el curso», que el pasado ha quedado atrás y puede olvidarse, conforme seguimos nuestra marcha hacia un futuro glorioso. Es una postura muy conveniente, aunque difícilmente admirable y sensata.

La literatura sobre todos estos temas es voluminosa. No hay motivo para permanecer ajenos a los hechos, conocidos por las víctimas, aunque pocas estén en condiciones de reconocer la dimensión o la naturaleza del ataque terrorista internacional, al cual son sometidas.

¿Cree usted que, conforme las condiciones permitan evaluar con más detalles las opciones, la mayoría de los estadounidenses aceptará que la solución a los ataques terrorista contra civiles en Estados Unidos debe responderse con ataques terroristas contra civiles en el exterior? ¿Y que la solución al fanatismo sea la vigilancia y la restricción de las libertades civiles?

Espero que no, pero no debemos subestimar la capacidad de campañas de propaganda bien dirigidas para llevar al pueblo a una conducta irracional, criminal y suicida. Veamos un ejemplo bastante remoto, para poder verlo con cierto desapasionamiento: la Primera

Guerra Mundial. No puede ser que los dos bandos estuvieran enzarzados en una guerra noble con fines elevados. Pero, en los dos bandos, marchaban al frente a la matanza mutua, con enorme entusiasmo, animados por los vítores de los intelectuales y por los de aquéllos a quienes esos intelectuales ayudaban a movilizar, en todo el espectro político, desde la izquierda hasta la derecha, incluida la fuerza política de izquierda más poderosa del mundo: la alemana. Las excepciones son tan escasas, que casi podríamos contarlas con los dedos de la mano. Algunos de los más ilustres pacifistas acabaron en la cárcel por cuestionar la nobleza de la empresa: entre ellos Rosa Luxemburgo, Bertrand Russell y Eugene Debs. Con la ayuda de las campañas de propaganda de Wilson y el apoyo entusiasta de los intelectuales liberales, un país pacifista se sumó en pocos meses a la arrolladora histeria antigermana, dispuesto a vengarse de aquellos que habían cometido crímenes salvajes, aunque muchos fueran inventados por el ministro británico de Información. Algo así no es de ningún modo inevitable y no deberíamos subestimar los efectos civilizadores de las luchas populares en años recientes. No deberíamos ir cargados de resolución hacia la catástrofe sólo porque ésas sean las órdenes.

6

LAS CIVILIZACIONES ORIENTAL Y OCCIDENTAL

Basado en entrevistas concedidas a medios de comunicación europeos, entre 20 y 22 de septiembre de 2001: Marili Margomenou, para Alpha TV Station (Grecia); Miguel Mora, *El País* (España); Natalie Levisalles, *Liberation* (Francia)[6].

P: Después del ataque en Estados Unidos, el secretario de Estado Colin L. Powell dijo que el gobierno de Estados Unidos iba a revisar las leyes sobre terrorismo, incluida la ley de 1976, que prohíbe el asesinato de extranjeros. La Unión Europea también está a punto de aplicar una nueva ley sobre terrorismo. ¿Cómo puede la respuesta a los ataques restringir nuestras libertades? Por ejemplo, ¿da el terrorismo derecho al gobierno para ponernos bajo vigilancia, con el fin de seguir las huellas de sospechosos y prevenir futuros ataques?

CHOMSKY: Una respuesta demasiado abstracta puede prestarse a confusiones, de modo que consideremos un ejemplo muy típico de lo que, en la práctica, significan los planes para aumentar las posibilidades de imponer la violencia de Estado. Esta mañana (21 de septiembre), *The New York Times* publicó un artículo de opinión de Michael Waltzer, respetado intelectual, considerado un líder moral. Reclamaba una «campaña ideológica para confrontar todas las excusas y todos los argumentos del terrorismo y rechazarlos de plano». Como él bien sabe, no existe el tipo de excusas y argumentos que él tiene en mente, por lo menos para nadie que se

avenga a razones. Esto es un llamamiento a rechazar los esfuerzos por explorar las razones que están detrás de actos terroristas dirigidos contra los Estados que él apoya. Waltzer se alista entre aquellos que proporcionan «excusas y argumentos» para el terrorismo de Estado, endosando tácitamente el asesinato político, sobre todo, los asesinatos de palestinos, que Israel sostiene apoyan al terrorismo. No ofrece ni considera necesaria ninguna evidencia y, en muchos casos, incluso las suspicacias parecen carecer de base. Y los inevitables «daños colaterales» —mujeres, niños y otros que estén cerca— son considerados normales. Helicópteros de guerra suministrados por Estados Unidos han sido usados durante diez meses para cometer esos asesinatos.

Waltzer pone la palabra asesinato entre comillas, para indicar que, desde su punto de vista, el término es parte de lo que llama «relatos enardecidos y muy distorsionados del bloqueo a Irak y del conflicto palestino-israelí». Se refiere a la crítica de atrocidades israelíes respaldadas por Estados Unidos, en territorios que han estado sometidos a la despiadada y brutal ocupación militar durante casi treinta y cinco años, y a la política de Estados Unidos que ha devastado a la sociedad civil de Irak (mientras reforzaba su apoyo a Sadam Hussein). Esas críticas son aisladas en Estados Unidos pero, por lo visto, demasiadas para él. Es posible que cuando Waltzer habla de «relatos distorsionados», tenga en cuenta referencias ocasionales sobre la declaración de la secretaria de Estado Madeleine Albright —difundida por la televisión nacional—, acerca de las estimaciones de medio millón de niños muertos en Irak, como resultado de las sanciones contra el régimen. Albright reconoció que tales consecuencias habían sido una «dura opción» para su gobierno, pero añadió: «Creemos que el precio merecía la pena».

Menciono este único ejemplo, fácilmente multiplicable, para ilustrar el significado substancial de disminuir las restricciones a los actos de Estado. Podríamos recordar que Estados violentos y criminales suelen justificar sus acciones como «contraterrorismo». Por ejemplo, cuando los nazis luchaban contra la resistencia de los partisanos. Y esas acciones son con frecuencia justificadas por intelectuales respetables.

No es historia antigua. En diciembre de 1987, en pleno auge de la preocupación por el terrorismo internacional, la Asamblea

General de Naciones Unidas sancionó su principal resolución sobre el asunto, condenó la plaga en los términos más duros e hizo un llamamiento a todas las naciones, para que actuaran con firmeza con el fin de exterminarlo. La resolución se sancionó con ciento cincuenta y tres votos a favor, dos en contra (Israel y Estados Unidos) y una sola abstención (Honduras). El párrafo ofensivo establece «que nada en la presente resolución podría de ninguna manera perjudicar el derecho a la autodeterminación, la libertad y la independencia —garantizado por la Carta de Naciones Unidas—, de pueblos privados de ese derecho por la fuerza [...], en particular pueblos bajo regímenes coloniales y racistas, ocupación extranjera u otras formas de dominación colonial, ni [...] el derecho de esos pueblos a luchar por ese fin y buscar y recibir apoyo (de acuerdo con la Carta y otras leyes internacionales importantes)». Esos derechos no son aceptados por Estados Unidos ni Israel; ni, en esa época, por su aliada Sudáfrica. Para Washington, el Congreso Nacional Africano era una «organización terrorista». Pero ni Sudáfrica ni Cuba ni otros «Estados terroristas» estaban incluidos. En la práctica prevaleció, por supuesto, la interpretación de Washington de lo que es «terrorismo», con gravísimas consecuencias humanas.

Ahora se habla mucho de establecer una Convención Internacional contra el Terrorismo; no es tarea menor. La razón —cuidadosamente eludida en los reportajes— es que Estados Unidos no va a aceptar nada parecido al ofensivo párrafo de la resolución de 1987 —ni lo aceptará tampoco ninguno de sus aliados, si la definición de «terrorismo» se ajusta a las definiciones oficiales del Código de Estados Unidos o de los manuales del ejército—, a no ser que sea reestructurada y excluya el terrorismo de los poderosos y sus aliados.

Para estar seguros, hay muchos factores que deben considerarse al pensar en su pregunta. Pero el testimonio histórico tiene una importancia aplastante. En términos generales, la pregunta no puede contestarse. Depende de circunstancias específicas y de propósitos específicos.

El Bundestag de Alemania ya ha decidido que soldados alemanes se unan a las fuerzas de Estados Unidos, aunque el ochenta por ciento de la población alemana no esté de acuerdo, según una

encuesta del Forsa Institute. ¿Qué piensa usted de eso?

Por el momento, las potencias europeas se muestran vacilantes en cuanto a unirse a la cruzada de Washington. Temen que, con un ataque masivo contra civiles inocentes, Estados Unidos proporcionará a Bin Laden —o a otros como él— el medio para movilizar, en favor de su causa, a un pueblo desesperado y enfurecido, con secuelas que pueden ser aún más horrorosas.

¿Qué piensa usted sobre las naciones que actúan como comunidad global en tiempos de guerra? No es la primera vez que todos los países tienen que aliarse con Estados Unidos si no quieren ser considerados enemigos, pero ahora Afganistán está haciendo lo mismo.

La administración Bush ofreció en el acto a las naciones del mundo dos opciones: únanse a nosotros o se enfrentarán a la destrucción[7].

La «comunidad global» se opone enérgicamente al terror, incluido el terror masivo de los Estados poderosos, y también a los tremendos crímenes del 11 de septiembre. Pero la «comunidad global» no actúa. Cuando los Estados occidentales y los intelectuales utilizan el término «comunidad internacional», se refieren a ellos mismos. Por ejemplo, el bombardeo de la OTAN a Serbia fue asumido por la «comunidad internacional», según la sistemática retórica occidental aunque, aquellos que no escondieron la cabeza debajo del ala, sabían que la mayor parte del mundo estaba en contra, a menudo abiertamente. Aquellos que no se conforman con las acciones de la riqueza y el poder no son parte de la «comunidad internacional», igual que «terrorismo» significa convencionalmente «terrorismo dirigido contra nosotros y nuestros amigos».

No es nada sorprendente que Afganistán intente imitar a Estados Unidos convocando a los musulmanes en su apoyo. La escala, desde luego, es considerablemente menor. Incluso tan alejados como están del mundo exterior, es de presumir que los líderes talibanes saben muy bien que los Estados islámicos no son sus amigos. Esos Estados han estado, de hecho, sometidos a ataques terroristas de fuerzas islámicas radicales, organizadas y entrenadas para librar una Guerra Santa contra la Unión Soviética hace veinte años. Y empezaron de inmediato a llevar a cabo su propio programa terrorista en otras

partes, por ejemplo, asesinando al presidente egipcio Sadat.

¿El ataque contra Afganistán es, en su opinión, «una guerra contra el terrorismo»?

Es probable que un ataque a Afganistán mate a muchos civiles inocentes, posiblemente las cifras serán enormes, en un país que ya está al borde de la muerte por inanición. La matanza gratuita de civiles inocentes es terrorismo. No guerra contra el terrorismo.

¿Podría usted imaginar cómo habrían sido las cosas si el ataque terrorista a Estados Unidos se hubiera producido durante la noche, cuando en el World Trade Center hubiera muy pocas personas? En otras palabras, ¿si hubiera habido muy pocas víctimas, habría reaccionado el gobierno de la misma manera? ¿Hasta qué punto está influenciado por el simbolismo de este desastre, que ha golpeado al Pentágono y a las Torres Gemelas?

Dudo que hubiera habido ninguna diferencia. Habría sido un crimen espantoso aunque el número de víctimas hubiera sido mucho menor. El Pentágono es más que un «símbolo», por razones que no exigen comentario. En cuanto al World Trade Center, apenas sabemos qué tenían los terroristas en la cabeza cuando pusieron las bombas en 1993 y las destruyeron el 11 de septiembre. Pero podemos estar bastante seguros de que tiene poco que ver con cuestiones como la «globalización», el «imperialismo económico» o los «valores culturales», temas bastante ajenos a Bin Laden y sus partidarios u otros islamistas radicales, como los convictos de las bombas de 1993. Son cuestiones que no les importan, como evidentemente no les importa tampoco que sus atrocidades a lo largo de los años hayan causado daños enormes a pueblos pobres y oprimidos del mundo musulmán y otras partes del planeta. Tampoco el 11 de septiembre.

Entre las víctimas inmediatas están los palestinos bajo ocupación militar, como los autores tienen con seguridad que haber sabido. Les importan otras cosas y, por lo menos Bin Laden, ha sido bastante elocuente cuando las ha manifestado en muchas entrevistas: derrocar a regímenes corruptos y represivos del mundo árabe y reemplazarlos por regímenes auténticamente «islámicos»,

para apoyar a los musulmanes en sus luchas contra los «infieles» de Arabia Saudí (país que él considera ocupado por Estados Unidos), Chechenia, Bosnia, China occidental, África del norte y el sudeste asiático. Es posible que también en otros sitios.

A los intelectuales occidentales les conviene hablar de «causas más profundas», como el odio a los valores occidentales y al progreso. Es una forma útil de evitar preguntas sobre el origen de la red de Bin Laden misma, sobre las prácticas que conducen a la ira, al miedo y a la desesperanza a través de la región. Es la forma de mantener una cantera, de la cual las células terroristas islámicas radicales pueden a veces abastecerse. Como las respuestas a estas preguntas están bastante claras y no concuerdan con la doctrina preferida, es mejor descartarlas por «superficiales» e «insignificantes», y refugiarse en «causas más profundas» que, por cierto, son más superficiales y, ni siquiera, vienen al caso.

¿Tendríamos que llamar «guerra» a lo que ahora está sucediendo?

No hay definición precisa de lo que es una «guerra». La gente habla de «guerra contra la pobreza», «guerra contra la droga», etcétera. Lo que está tomando forma no es un conflicto entre Estados, aunque puede convertirse en eso.

¿Podemos hablar de choque entre dos civilizaciones?

Son palabras de moda, pero no tienen mucho sentido. Revisemos brevemente cierta historia conocida. El Estado islámico más poblado es Indonesia, favorito de Estados Unidos desde que Suharto tomó el poder en 1965. Entre tanto, masacres dirigidas por el ejército —con ayuda de Estados Unidos— liquidaban a cientos de miles de personas, la mayoría campesinos sin tierras, en medio de un brote de euforia de Occidente. Hecho tan bochornoso que Occidente casi ha conseguido borrar de la memoria. Suharto siguió siendo «uno de los nuestros», según le llamaba la administración Clinton, conforme él acumulaba uno de los récords de matanzas, torturas y abusos más horrendos de la historia de fines del siglo XX. El Estado islámico más extremadamente fundamentalista —talibanes aparte— es Arabia Saudí, protegido por Estados Unidos desde su fundación. En los años ochenta, Estados Unidos, junto con

los servicios de inteligencia paquistaníes (ayudados por Arabia Saudí, Inglaterra y otros), reclutaron, armaron y entrenaron a los fundamentalistas islámicos más radicales que pudieron encontrar, para hacer el mayor daño posible a los soviéticos en Afganistán. Como observa Simson Jenkins en el *Times* de Londres, esos esfuerzos «destruyeron a un régimen moderado para crear uno fanático, entre grupos temerariamente financiados por los estadounidenses» (la mayoría de los fondos eran probablemente saudíes). Uno de los beneficiarios indirectos fue Osama Bin Laden.

En los años ochenta, Estados Unidos y Reino Unido dieron también fuerte apoyo a su amigo y aliado Sadam Hussein —sin duda más secular, pero alineado en el lado islámico del «choque»—, justo durante el periodo en que cometió sus peores atrocidades, incluida la utilización de gases letales contra los kurdos y otras más.

También en los años ochenta, libró una importante guerra en América Central, que dejó unos doscientos mil cadáveres torturados y mutilados, millones de huérfanos y refugiados, cuatro países devastados. Uno de los principales blancos del ataque de Estados Unidos fue la Iglesia católica, que había cometido el imperdonable pecado de adoptar la «opción preferencial por los pobres».

A principios de los noventa, en primer lugar por cínicas razones de poder, Estados Unidos eligió a los musulmanes bosnios como sus protegidos balcánicos, no precisamente en beneficio de éstos.

Sin necesidad de continuar, ¿dónde encontramos exactamente la división entre «civilizaciones»? ¿Vamos a llegar a la conclusión de que hay un «choque de civilizaciones» entre la Iglesia católica de América Latina, por un lado, y Estados Unidos y el mundo musulmán —incluidos los grupos religiosos más fanáticos y asesinos —, por otro? Desde luego a mí no se me ocurre semejante absurdo. Seamos razonables, ¿cuáles son exactamente las conclusiones que podemos extraer?

¿Cree usted que estamos usando la palabra «civilización» con propiedad? ¿Nos llevaría un mundo verdaderamente civilizado a una guerra global como ésta?

Ninguna sociedad civilizada toleraría nada de lo que acabo de mencionar que, por supuesto, sólo es una muestra insignificante de la historia de Estados Unidos. Y la historia de Europa es todavía

peor. Con toda seguridad, «ningún mundo civilizado» se sumiría en una guerra devastadora, en vez de obedecer las vías prescriptas por las leyes internacionales, según otros precedentes.

Los ataques han sido llamados actos provocados por el odio. ¿De dónde cree usted que nace ese odio?

Para los islamistas radicales movilizados por la CIA y sus socios, odio es exactamente lo que expresan. A Estados Unidos le gustaba apoyar esa violencia y ese odio cuando estaban dirigidos contra sus enemigos. No resulta tan agradable que, el odio que Estados Unidos ayudó a alimentar esté dirigido contra él y sus aliados, como ha ocurrido repetidas veces en los últimos veinte años. Para los pueblos de la región, que tienen una categoría completamente distinta, las razones de sus sentimientos están bastante claras. Los orígenes de esos sentimientos son bien conocidos.

¿Qué sugiere usted que podrían hacer los ciudadanos del mundo occidental para recuperar la paz?

Depende de lo que esos ciudadanos quieran. Si quieren una escalada cíclica de violencia, según el modelo conocido, deben por cierto hacer un llamamiento a Estados Unidos para que caiga en la «diabólica trampa» de Bin Laden y masacre civiles inocentes. Si quieren reducir el grado de violencia, deben usar su influencia para dirigir a las grandes potencias por un camino del todo distinto —el que he esbozado antes— que, repito, tiene abundantes precedentes. Eso incluye la voluntad de indagar lo que subyace detrás de las atrocidades. Oímos decir con frecuencia que no debemos considerar esas cuestiones, porque sería justificar el terrorismo. Es una postura tan estúpida y destructiva que casi no merece comentarios aunque, por desgracia, es muy corriente. Pero si no queremos contribuir a la escalada del ciclo de violencia —de la cual también son blanco los ricos y poderosos—, eso es precisamente lo que tenemos que hacer y, como en todos los casos, buscar las causas, incluidas las que en España se conocen muy bien[8].

¿«Se buscó» Estados Unidos estos ataques? ¿Son consecuencia de la política estadounidense?

Los ataques no son consecuencia en sentido directo de la política de Estados Unidos. Pero, indirectamente, claro que lo son. Eso no puede discutirse siquiera. Parece haber pocas dudas de que los autores han salido de la red terrorista, cuyas raíces están en ejércitos mercenarios organizados, entrenados y armados por la CIA, Egipto, Pakistán, los servicios de inteligencia franceses, los fondos de Arabia Saudí y otros. El trasfondo de todo esto es bastante turbio. La organización de estas fuerzas empezó en 1979, si podemos dar crédito al consejero de Seguridad Nacional del presidente Carter, Zbigniew Brzezinski. Sostuvo —tal vez sólo para alardear— que, a mediados de 1979, instigó el apoyo secreto a los muyahidin, que luchaban contra el gobierno de Afganistán, en un esfuerzo por arrastrar a los soviéticos a lo que él llamó «la trampa afgana», una frase que bien merece la pena recordar. Está muy orgulloso de que ellos cayeran efectivamente en la «trampa afgana», cuando seis meses después mandaron fuerzas militares en apoyo del gobierno, con las consecuencias que conocemos. Estados Unidos, junto con sus aliados, reunió un enorme ejército mercenario —tal vez de cien mil o más hombres—, reclutados en los sectores más militantes que pudieron encontrar en cualquier parte. Resultaron ser islamistas radicales, lo que aquí se llaman fundamentalistas islámicos, la mayoría de Afganistán. Son los llamados «afganis» pero, como Bin Laden, muchos vienen de otros países.

Bin Laden se unió a ellos en algún momento de los años ochenta. Se involucró en redes financieras que, probablemente, son las que todavía existen. Con ellas se libró la Guerra Santa contra los ocupantes soviéticos. Llevaron el terror a suelo ruso. Ganaron la guerra y los invasores soviéticos se retiraron. La guerra no era su única actividad. En 1981, fuerzas basadas en esos mismos grupos, asesinaron al presidente Sadat de Egipto, que había jugado un papel decisivo en la organización de la red. En 1983, un atentado suicida —quizá relacionado con esas mismas fuerzas— fue esencial para echar a los militares estadounidenses de Líbano. Y así continuaron.

En 1989 lograron que su Guerra Santa tuviera éxito. En cuanto Estados Unidos estableció su presencia militar permanente en Arabia Saudí, Bin Laden y el resto del grupo anunciaron que, desde su punto de vista, ese acto era comparable con la ocupación soviética de Afganistán y volvieron sus cañones contra los

estadounidenses, como ya había ocurrido en 1983, cuando Estados Unidos desplegó fuerzas en el Líbano. Arabia Saudí es el principal enemigo de la red de Bin Laden, lo mismo que Egipto. Por eso quieren derrocar lo que ellos llaman gobiernos antiislamistas de Egipto, Arabia Saudí, otros Estados de Oriente Próximo y África del Norte. Y así continuaron.

En 1997 asesinaron aproximadamente a sesenta turistas en Egipto y acabaron con la industria turística del país. Y han seguido llevando a cabo acciones por toda la región durante años en el norte de África, África oriental, Oriente Próximo, los Balcanes, Asia central, China occidental, el sudeste asiático y Estados Unidos. Ése es un grupo. Es un vástago de las guerras de los ochenta y, si hemos de creer a Brzezinski, incluso de antes, cuando montaron la «trampa afgana». Es de público conocimiento para cualquiera que haya prestado atención a la zona, que los terroristas están reclutados de una cantera de desesperanza, ira y frustración, que se extiende desde los ricos hasta los pobres, desde los seculares hasta los islamistas radicales. Es evidente —y lo expresan constantemente a quienes están dispuestos a escuchar— que, en gran medida, se han arraigado gracias a la política de Estados Unidos.

Usted ha dicho que quienes practican el terrorismo son países que, como Estados Unidos, utilizan la violencia por motivos políticos. ¿Cuándo y dónde?

La pregunta me parece desconcertante. Como he dicho en otra parte, Estados Unidos es después de todo el único país al que el Tribunal Internacional condenó por terrorismo internacional por «uso ilegal de la fuerza» con fines políticos —así decía el Tribunal— y al que ordenó poner fin a esos crímenes y pagar cuantiosas reparaciones. Como era de esperar Estados Unidos hizo caso omiso desdeñosamente de la sentencia dictada por el Tribunal y reaccionó intensificando la escalada de la guerra terrorista contra Nicaragua. También vetó la resolución del Consejo de Seguridad, que llamaba a todos los Estados a observar las leyes internacionales (sólo Israel, Estados Unidos y, en una ocasión, El Salvador, votaron contra resoluciones similares de la Asamblea General). La guerra terrorista se extendió, de acuerdo con la política oficial de atacar «blancos fáciles» —blancos civiles indefensos, como cooperativas agrícolas y

hospitales—, en vez de enfrentarse al ejército de Nicaragua. Los terroristas podían llevar adelante estas instrucciones gracias a que Estados Unidos ejercía un control absoluto del espacio aéreo nicaragüense y a los avanzados equipos de comunicaciones proporcionados por sus asesores.

Debe reconocerse también que esos actos terroristas recibían amplio apoyo. Un comentarista ilustre, Michael Kinsley —considerado uno de los más liberales de los principales medios de comunicación—, argumentaba que no debíamos descartar sin más las razones ofrecidas por el Departamento de Estado para justificar los ataques terroristas a «blancos fáciles»: «Una política sensata tiene que pasar la prueba del análisis costos/beneficios», escribía, y considerar «la cantidad de miseria y sangre que se habrá de verter por un extremo para hacer posible que la democracia emerja por el otro…». «Democracia», según entiende el término Estados Unidos, interpretación claramente ilustrada en la zona. Se da por sentado que las élites estadounidenses tienen el derecho de dirigir el análisis y continuar el proyecto, si pasa las pruebas.

Y lo que todavía es más dramático, la idea de que Nicaragua debía tener derecho a defenderse se consideraba escandalosa en el espectro político de los medios de comunicación de Estados Unidos. Estados Unidos presionó a sus aliados para que dejaran de proporcionar armas a Nicaragua, con la esperanza de que se pusiera en manos de la Unión Soviética, como efectivamente sucedió. Así se conseguían las debidas imágenes de propaganda. La administración Reagan hizo correr en repetidas ocasiones rumores de que, como todo el mundo sabía, Nicaragua estaba recibiendo aviones MIG de la Unión Soviética para proteger su espacio aéreo y evitar los ataques terroristas de Estados Unidos contra «blancos fáciles». Los rumores eran falsos, pero la reacción instructiva. Las «palomas» cuestionaban los rumores. Pero decían que, si fueran verdad, desde luego teníamos que bombardear Nicaragua, porque sería una amenaza contra nuestra seguridad. Las bases de datos investigadas demostraron que no hubo casi insinuaciones de que Nicaragua tuviera derecho a defenderse. Aquel episodio nos dice mucho sobre la bien asentada «cultura del terrorismo», que prevalece en la civilización occidental.

Éste no es en modo alguno el ejemplo más grave. Lo menciono

porque no admite discusión, dada la sentencia del Tribunal Internacional y porque, los fallidos esfuerzos de Nicaragua para seguir las vías legales —en vez de poner bombas en Washington— proporcionan un modelo para hoy. Y no es el único. Nicaragua fue uno solo de los componentes de las guerras terroristas de Washington durante esa tremenda década en América Central, que dejó miles de muertos y cuatro países en ruinas.

Durante esos mismos años, Estados Unidos llevó adelante campañas terroristas a gran escala en otras regiones, incluido Oriente Próximo. Para citar un ejemplo, el coche bomba que estalló a las puertas de una mezquita de Beirut en 1985 estaba cronometrado para provocar el mayor número posible de víctimas civiles. Hubo ochenta muertos y doscientos cincuenta heridos. Se proponía matar a un jeque musulmán, que escapó a la matanza. Estados Unidos apoyó actos terroristas mucho peores, por ejemplo, la invasión israelí a Líbano que causó dieciocho mil muertos civiles libaneses y palestinos. Y no fue en defensa propia como de inmediato se dijo; más las sangrientas atrocidades del «puño de hierro» en los años siguientes, dirigidas contra «aldeanos terroristas», según decía Israel. Y las subsiguientes invasiones de 1993 y 1996, las dos con fuerte apoyo de Estados Unidos (hasta que se produjo la reacción internacional contra la masacre de Qana en 1996, que obligó a Clinton a retirarse). La cifra de víctimas desde 1982, sólo en Líbano, asciende probablemente a otros veinte mil civiles.

En los años noventa, Estados Unidos proporcionó a Turquía el ochenta por ciento de las armas para la campaña contra-insurgente que combatía a los kurdos en la región sudeste, donde mataron a decenas de miles de civiles y arrancaron de sus hogares a dos o tres millones de habitantes, dejando tres mil quinientos pueblos destruidos (siete veces más que en Kosovo, bajo las bombas de la OTAN), después de haber cometido toda clase de atrocidades imaginables. El flujo de armas aumentó notablemente en 1984, cuando Turquía lanzó el ataque terrorista. Y no empezó a decrecer a los niveles anteriores hasta 1999, cuando las atrocidades hubieron logrado su objetivo. En 1999, Turquía bajó de su posición de principal beneficiario de las armas de Estados Unidos (sin contar a Israel y a Egipto), y fue reemplazada por Colombia, la peor

violadora de los derechos humanos en el hemisferio en los años noventa y, con mucha diferencia, principal beneficiaria de los suministros de armas y entrenamiento, que obedecían a un plan sistemático.

En Timor oriental, Estados Unidos (y Reino Unido) continuaron su apoyo a los agresores indonesios, que ya habían barrido alrededor de un tercio de la población, con la decisiva ayuda de las dos potencias. Las atrocidades de 1999 no cejaron un momento. Hubo miles de asesinatos, incluso antes del ataque de principios de septiembre, que sacó de sus casas al ochenta y cinco por ciento de la población y destruyó el setenta por ciento del país, mientras la administración Clinton mantenía su postura de que «es responsabilidad del gobierno de Indonesia y nosotros no queremos quitarle esa responsabilidad».

Eso fue el 8 de septiembre, bastante después de que se conocieran las peores atrocidades. Para entonces, Clinton había recibido enormes presiones para que hiciera algo por mitigar las atrocidades, sobre todo de Australia, pero también internas. Pocos días después, la administración Clinton indicaba a los generales indonesios que el juego había terminado. El sentido de la corriente cambió al instante. Los generales indonesios habían insistido enérgicamente en que no se retirarían de Timor oriental y, de hecho, levantaron defensas en el Timor occidental indonesio (utilizando cazas británicos, que Reino Unido seguía mandando), para rechazar una posible fuerza de intervención. Cuando Clinton dio la orden, el curso de los acontecimientos giró 180 grados. Los generales anunciaron que se retirarían y permitirían que fuerzas de pacificación de Naciones Unidas dirigidas por australianos, entraran sin oposición del ejército. El curso de los acontecimientos revela de manera muy gráfica el poder latente que Washington tuvo siempre disponible y que pudo haber usado para evitar veinticinco años de guerra prácticamente genocida, que culminó en una nueva oleada de atrocidades desde principios de 1999. Sucesivas administraciones estadounidenses —a las cuales se adhirieron Reino Unido y otros en 1978, cuando los atrocidades estaban en pleno auge—, prefirieron prestar apoyo decisivo, militar y diplomático a los asesinos, «a uno de los nuestros», según llamaba la administración Clinton al sanguinario presidente Suharto. Esos hechos, indiscutibles y

dramáticos, identifican con toda crudeza el centro de gravedad de estos terribles crímenes de los últimos veinticinco años… Y en realidad continúan en los míseros campos de refugiados indonesios de Timor occidental.

También podemos aprender mucho sobre la civilización occidental del hecho de que esta vergonzosa trayectoria se aclame como evidencia de nuestra nueva dedicación a la «intervención humanitaria», para justificar los bombardeos de la OTAN sobre Serbia.

Ya he hablado de la devastación de la sociedad civil iraquí, con alrededor de un millón de muertos, más de la mitad de ellos niños pequeños, según informes que no pueden ser ignorados sin más.

Es sólo una pequeña muestra.

Estoy francamente sorprendido de que la pregunta pueda siquiera plantearse, sobre todo en Francia, que ha hecho su contribución particular al estado de violencia y terror masivos, que seguro no son desconocidos[9].

¿Son unánimes las reacciones en Estados Unidos? ¿Las comparte usted en su totalidad o parcialmente?

Si habla usted de la indignación por el horrendo ataque criminal y el dolor por las víctimas, las reacciones han sido casi unánimes en todas partes, incluidos los países musulmanes. Cualquier persona en sus cabales las comparte sin fisuras, no «parcialmente». Si se refiere usted a los llamamientos para cometer ataques criminales que, con seguridad, matarán a gente inocente —y, de paso, responderán incidentalmente a las más fervorosas plegarias de Bin Laden—, en ese caso no hay tal «reacción unánime», pese a la impresión superficial que uno puede tener si mira la televisión. En cuanto a mí, comparto con muchos otros el rechazo a esas acciones. Muchos otros.

Cuál es el sentir mayoritario, nadie puede decirlo: es demasiado difuso y complejo. ¿Pero «unánime»? Seguro que no, excepto con respecto a la naturaleza del crimen.

¿Condena usted el terrorismo? ¿Cómo podemos decidir qué es un acto de terrorismo y qué es un acto de resistencia contra un tirano o unas fuerzas de ocupación? ¿En qué categoría «clasifica» usted

el reciente golpe contra Estados Unidos?

Entiendo el término «terrorismo» exactamente como se define en documentos oficiales estadounidenses: «Uso premeditado de la violencia o amenaza de violencia para lograr objetivos de naturaleza política, religiosa o ideológica. Se comete a través de la intimidación, la coacción o infundiendo miedo». De acuerdo con esa definición —del todo adecuada—, el reciente ataque a Estados Unidos es, por cierto, un acto de terrorismo. En verdad, un horroroso crimen terrorista. Apenas hay desacuerdo sobre el tema en ninguna parte del mundo, ni debe haberlo.

Pero, junto con el significado literal del término —como acabo de citar según documentos oficiales de Estados Unidos—, existe también un uso propagandístico que, desgraciadamente, es el más corriente: el término «terrorismo» se usa para referirse a actos terroristas cometidos por nuestros enemigos contra nosotros o nuestros aliados. Ese uso propagandístico es casi universal. Todo el mundo «condena el terrorismo», dándole ese significado al término. Hasta los nazis condenaban severamente el terrorismo y llevaban adelante lo que llamaban «contraterrorismo», para combatir a los partisanos «terroristas».

Estados Unidos estaba básicamente de acuerdo. Organizó y dirigió un contraterrorismo similar en Grecia y otras partes del mundo en los años de la posguerra[10]. Es más, los programas de contrainsurgencia de Estados Unidos están explícitamente esbozados según el modelo nazi, que fue tratado con respeto: después de la guerra fueron consultados oficiales de la Wehrmacht y se utilizaron sus manuales para diseñar los programas de contrainsurgencia en todo el mundo, programas llamados genéricamente «contraterrorismo», asunto estudiado en particular por un importante trabajo de Michael McClintock. Dado ese significado convencional, incluso las mismísimas personas y acciones pueden virar rápidamente de «terroristas» a «luchadores por la libertad» y con igual rapidez en sentido contrario. Es lo que ha estado sucediendo con sus vecinos de Grecia en años recientes.

Los UCK (Ejército de Liberación de Kosovo) fueron oficialmente condenados por Estados Unidos como «terroristas» en 1998 por sus ataques a la policía y civiles serbios, en un intento para provocar una respuesta serbia desproporcionada y brutal, según declararon

abiertamente. En fecha tan reciente como enero de 1999, el grupo británico más «halconizado» de la OTAN en lo que respecta a este tema, pensaba que los UCK eran responsables de más muertes que Serbia, cosa difícil de creer, pero por lo menos dice algo sobre lo que se percibía en los altos niveles de la OTAN. Si es posible confiar en la voluminosa documentación provista por el Departamento de Estado, la OTAN, la OSCE (Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa) y otras fuentes occidentales, nada cambió materialmente en el terreno hasta la retirada de los encargados de la KVM (Misión de Verificación de Kosovo) y los bombardeos de fines de marzo de 1999. Pero cambió la política: Estados Unidos y Reino Unido decidieron lanzar un ataque contra Serbia y los «terroristas» se convirtieron al instante en «luchadores por la libertad». Terminada la guerra, los «luchadores por la libertad» y sus socios más cercanos se convirtieron en «terroristas», «matones» y «asesinos» cuando, desde su punto de vista, llevaban acciones similares y por razones similares en Macedonia, aliada de Estados Unidos.

Todo el mundo condena el terrorismo, pero hay que preguntar qué significa eso. Puede usted encontrar la respuesta a su pregunta sobre mis opiniones en muchos libros y artículos que he escrito sobre terrorismo en la últimas décadas, aunque uso el término en sentido literal y, por lo tanto, condeno todos los actos terroristas, no sólo aquéllos llamados «terroristas» por razones de propaganda.

¿Es peligroso el Islam para la civilización occidental? ¿Representa el estilo de vida occidental una amenaza para la humanidad?

La pregunta es demasiado amplia y vaga para que la conteste. Sin embargo, debería estar claro que Estados Unidos no mira al Islam como a un enemigo ni viceversa.

En cuanto al «estilo de vida occidental», incluye gran cantidad de elementos, muchos francamente admirables, muchos adoptados con entusiasmo por el mundo islámico, muchos criminales y hasta amenazantes para la supervivencia de la humanidad.

Si hablamos de «civilización occidental», tal vez convendría tomar buena cuenta de las palabras atribuidas a Gandhi, cuando le preguntaron qué pensaba de la civilización occidental y contestó: «Podría ser una buena idea».

7

¿CONSIDERABLE MODERACIÓN…?

Basado en entrevistas concedidas a Michael Albert, 30 de septiembre de 2001 y a Greg Ruggiero, 5 de octubre de 2001.

P: Ha habido grandes movimientos de tropas y excesivo uso de retórica militar, incluso comentarios sobre acabar con determinados gobiernos, etcétera. Y, sin embargo, ahora parece haber considerable moderación… ¿Qué ha pasado?

CHOMSKY: Desde los primeros días después del ataque, la administración Bush ha sido advertida por líderes de la OTAN, especialistas en la región y, es de suponer, por sus servicios de inteligencia (sin mencionar de muchas personas como usted y yo), de que si Estados Unidos reacciona con un ataque masivo matando a muchos inocentes, colmará los deseos más fervientes de Bin Laden y otros como él. Y sería verdad —incluso más verdad aún— si consiguieran matar a Bin Laden, sin haber ofrecido todavía evidencias creíbles de que haya participado en los crímenes del 11 de septiembre. En ese caso lo consideraría un mártir, incluso la enorme mayoría de musulmanes que deploran esos crímenes. Si se lo silencia con la prisión o la muerte, su voz seguirá resonando en decenas de miles de casetes —que ya circulan por todo el mundo musulmán—, y en muchas entrevistas, incluida la de fines de septiembre. Un ataque que mate a afganos inocentes sería prácticamente un llamamiento a movilizar a nuevos reclutas para la horrenda causa de la red de Bin Laden y a otros veteranos de

organizaciones terroristas, organizados por la CIA y sus socios hace veinte años para librar la Guerra Santa contra los soviéticos, siempre y cuando obedecieran sus planes.

El mensaje parece haberse abierto paso al fin hasta la administración Bush que, desde su punto de vista, ha decidido sabiamente seguir otro camino.

Sin embargo, «moderación» me parece una palabra cuestionable. El 16 de septiembre, *The New York Times* informaba que «Washington ha exigido también a Pakistán que corte el suministro de combustibles [...] y suprima los convoyes de camiones que proporcionan gran parte de los alimentos y otros suministros a la población civil afgana». Es asombroso que el reportaje no despertara ninguna reacción apreciable en Occidente. Es un nefasto recordatorio de la naturaleza de la civilización occidental que líderes y élites intelectuales pretenden defender. Durante los días siguientes se implementaron dichas medidas. El 27 de septiembre, el mismo corresponsal informaba: «Funcionarios de Pakistán dijeron hoy que no cederán en su decisión de cerrar los 2200 kilómetros de frontera con Afganistán, una medida exigida por la administración Bush porque —según dijeron dichos funcionarios— querían tener la seguridad de que ningún hombre del señor Bin Laden se escondiera entre la enorme ola de refugiados» (John Burns, Islamabad). «La amenaza de ataques militares ha forzado la retirada de cooperantes internacionales, paralizando los programas de ayuda». Los refugiados que llegan a Pakistán «después de arduas jornadas de viaje desde Afganistán, cuentan escenas de desesperación y miedo en su país, conforme la amenaza de ataques dirigidos por Estados Unidos convierten su ya tradicional miseria en potencial catástrofe» (Douglas Frantz, *The New York Times*, 30 de septiembre). Uno de los cooperantes evacuados dijo: «El país pendía de un hilo y acabamos de cortarlo» (John Sifton, *The New York Times Magazine*, 30 de septiembre).

De acuerdo con los principales periódicos del mundo, pues, Washington intervino al instante para garantizar la muerte y el sufrimiento de una inmensa cantidad de afganos, millones de ellos ya al borde de la inanición. Ése es el significado de los párrafos que acabo de citar y de muchos otros semejantes.

Muchísima gente pobre está huyendo hacia las fronteras,

aterrorizada después de la amenaza de Washington de bombardear los pocos vestigios de vida que aún existen en Afganistán y de convertir a la Alianza del Norte en una fuerza militar bien armada. Como es natural temen que, si a esas tropas se les da rienda suelta —reforzadas como ahora están—, reanudarán las atrocidades que hicieron trizas el país y condujeron a gran parte de la población a dar la bienvenida a los talibanes, cuando expulsaron a las facciones guerreras asesinas, que hoy Washington y Moscú esperan explotar para lograr sus propósitos.

La trayectoria de la Liga del Norte es atroz. El director ejecutivo de la ONG Human Rights Watch, Joost Hiltermann —especialista en Oriente Medio—, describe el periodo de su mandato entre 1992 y 1995 como «el peor en la historia de Afganistán». Distintos grupos de Derechos Humanos dicen que las facciones guerreras de la Liga del Norte, mataron a decenas de miles de civiles, cometieron violaciones en masa y otras atrocidades. Esas prácticas continuaron mientras eran expulsados por los talibanes. Para citar un caso: según la ONG Human Rights Watch, en 1997 asesinaron a tres mil prisioneros de guerra y llevaron a cabo limpiezas étnicas masivas entre quienes sospechaban eran simpatizantes de los talibanes, dejando un reguero de pueblos reducidos a cenizas (véase entre otros el artículo de Charles Sennott, *The Boston Globe*, 6 de octubre).

Sobran razones para suponer que el terror talibán —ya de por sí escandaloso— se ha incrementado tremendamente, por los mismos motivos que han provocado la huida de los refugiados.

Cuando esos refugiados llegan a las fronteras cerradas, quedan atrapados para morir en silencio. Sólo un pequeño goteo de refugiados puede escapar a través de recónditos pasos montañosos. Cuántos de ellos han sucumbido ya, es algo que no podemos siquiera conjeturar. Dentro de pocas semanas llegará el crudo invierno. Hay algunos reporteros y cooperantes en los campos de refugiados, al otro lado de las fronteras. Lo que cuentan es ya bastante terrorífico. Pero ellos saben —y también lo sabemos nosotros—, que están viendo a los afortunados, a los pocos que han conseguido escapar. Esos afortunados expresan su esperanza de que, «hasta los estadounidenses más crueles tienen que sentir alguna piedad por nuestro arruinado país», y de poder evitar en lo posible este silencioso genocidio (*The Boston Globe*, 27 de septiembre, p. 1).

A principios de octubre, el WFP (Programa Mundial de Alimentos) de Naciones Unidas estaba dispuesto a trasladar en camiones cientos de toneladas de alimentos a Afganistán. Pero se estima que, una vez producida la retirada del personal internacional e interrumpidas, después del 11 de septiembre, durante tres semanas las entregas, esa ayuda sólo habría alcanzado a cubrir el quince por ciento de las necesidades del país. Sin embargo, el WFP anunció haber detenido todos los convoyes y la distribución de alimentos que realizaba su personal, por los ataques aéreos del 7 de octubre. El WFP, citando a cooperantes informaba que, después de los bombardeos, «El panorama de pesadilla de millón y medio de refugiados, que salen en tropel del país, se ha acercado un paso más a la realidad». Un director del WFP dijo que, después de los bombardeos, la amenaza de una catástrofe humanitaria —ya severa —, «ha crecido en tal magnitud, que ni siquiera quiero pensar en ella». Un portavoz de ACNUR (advirtió: «En Afganistán estamos frente a una crisis humanitaria de proporciones épicas. Hay siete millones y medio de seres humanos escasos de comida, que corren riesgo de morir de inanición». Todas las oficinas de ayuda humanitaria ven el goteo de alimentos por aire como último recurso. Prefieren sin lugar a dudas el reparto en camiones, que dicen sería posible en la mayor parte del país. El *Financial Times* informa que funcionarios veteranos de las ONG eran muy «cáusticos» y «despectivos» en sus opiniones sobre la pregonada ayuda arrojada desde el aire por Estados Unidos. La consideran con desdén un «montaje propagandístico, más que como manera de ayudar a los afganos que, realmente, necesitan socorro». Dicen que es un «instrumento de propaganda», que «explota la ayuda humanitaria con cínicos fines propagandísticos», mientras los ataques aéreos «han interrumpido el único medio de hacer llegar grandes cantidades de alimentos a los afganos: los convoyes de camiones por tierra del WFP». («Preocupación en Naciones Unidas, conforme los ataques aéreos interrumpen la posibilidad de hacer llegar ayuda»; «Trabajadores de organizaciones de ayuda critican que se relacione el lanzamiento de alimentos con los ataques aéreos», *Financial Times*, 9 de octubre, que cita a Oxfam, Médicos sin Fronteras, Ayuda Cristiana, Fundación para el Socorro de la Infancia y a funcionarios de Naciones Unidas. Las organizaciones de

ayuda «critican mordazmente el lanzamiento nocturno de alimentos por parte de Estados Unidos». «Tanto daría que se limitaran a tirar panfletos», comentó un funcionario socorrista británico, refiriéndose a los mensajes de propaganda que van en los paquetes. «Funcionarios del WFP dicen [que los lanzamientos desde el aire] exigirían que funcionarios en tierra recogieran los alimentos» y los distribuyeran. Y eso «hay que hacerlo a la luz del día» y con previo aviso («Crece el escepticismo sobre el lanzamiento aéreo de alimentos por parte de Estados Unidos», *Financial Times*, 10 de octubre).

Si estas apreciaciones son exactas, el efecto inmediato de los bombardeos y el lanzamiento de alimentos desde el aire que los acompaña es, por lo tanto, el de reducir significativamente el suministro de víveres disponibles para la población hambrienta —por lo menos a corto plazo— mientras, al mismo tiempo, acerca un paso más el «panorama de pesadilla». Sólo nos queda tener la esperanza de que la tortura acabe antes de que se materialicen los peores temores y de que sea breve la suspensión de envíos de alimentos, que se necesitan desesperadamente.

No es fácil ser optimista, si consideramos las posturas adoptadas. Por ejemplo, un reportaje de *The New York Times* menciona de paso en una página interior que «según los cálculos de Naciones Unidas, pronto habrá siete millones y medio de afganos, que tendrán necesidad perentoria de tener siquiera un pedazo de pan [...], mientras caen las bombas». La entrega de víveres en camiones (la única contribución significativa) se ha reducido a la mitad y sólo faltan unas semanas para que el crudo invierno reduzca drásticamente la posibilidad de distribuir alimentos (Barry Bearak, 15 de octubre, B8). No se habla de futuras previsiones, pero no son difíciles de hacer. Pase lo que pase, el hecho de que estas notas aparezcan como conjeturas y comentarios sin trascendencia es incalificable.

También debemos tener en cuenta que, desde los primeros días posteriores al ataque del 11-09, no se ha hecho nada para acabar con el lanzamiento masivo de alimentos desde el aire, al pueblo atrapado dentro del país, una vez más cruelmente torturado. Por lo visto, tampoco se ha hecho nada para reanudar el reparto en camiones de cantidades mucho mayores de víveres como se hacía

gracias al esfuerzo de Naciones Unidas, antes de que fuera suspendido.

Cualquiera que sea la política que se adopte a partir de este momento, la catástrofe humana ya se ha producido. Y lo peor está por venir. Tal vez la descripción más acertada la dio la admirable y valerosa escritora hindú Arundhati Roy, refiriéndose a la Operación Justicia Infinita proclamada por la administración Bush: «Observemos la justicia infinita del nuevo siglo: civiles que mueren de inanición, mientras esperan que los maten» (*The Guardian*, 29 de septiembre).

Su juicio no ha perdido vigor alguno, por el hecho de que los especialistas en propaganda de la administración se hayan dado cuenta de que la frase «justicia infinita» —que sugiere su certeza de ser la viva imagen de la divinidad—, era otro error de propaganda. También cayeron en la cuenta de que la palabra «cruzada» no era la más acertada. Por lo tanto cambiaron «justicia divina» por «libertad duradera»… A la luz de la memoria histórica, la frase no merece comentarios.

Naciones Unidas ha señalado que la amenaza de hambruna en Afganistán es pavorosa. Las críticas internacionales sobre el tema han ido en aumento y, ahora, Estados Unidos y Reino Unido hablan de proporcionar ayuda alimentaria para conjurar el hambre. ¿Están de verdad cediendo ante las críticas o sólo en apariencia? ¿Cuáles son sus motivos? ¿Cuál será la magnitud y el efecto de esos esfuerzos?

Naciones Unidas estima que, entre siete y ocho millones de personas corren el riesgo inminente de morir de inanición. *The New York Times* publicó en una breve nota el 25 de septiembre que casi seis millones de afganos dependían de la ayuda alimentaria de Naciones Unidas, como así también dependían de esa ayuda tres millones y medio de refugiados en los campos del exterior. Muchos de ellos habían huido justo antes de que se sellaran las fronteras. El artículo decía que se estaban enviando algunos alimentos a los campos de refugiados del exterior. Con seguridad, consejeros y comentaristas se dan cuenta de que algo tienen que hacer para presentarse como gente piadosa, que busca evitar la sobrecogedora tragedia, desarrollada inmediatamente después de la amenaza de

bombardeos y ataques militares y del cierre de las fronteras. «Los expertos también apremian a Estados Unidos para que mejore su imagen, incrementando la ayuda a los refugiados afganos y colaborando en la reconstrucción de la economía» (*Christian Science Monitor*, 28 de septiembre). Incluso sin especialistas en propaganda que los instruyan, los funcionarios de la administración están obligados a comprender que deben enviar comida a los refugiados que lograron cruzar la frontera, y hacer por lo menos algún gesto para conseguir proveer alimentos a las personas que se mueren de hambre dentro del país. Para «salvar vidas», pero también «para ayudar a encontrar grupos terroristas dentro de Afganistán» (*The Boston Globe*, 27 de septiembre, citando a un funcionario del Pentágono, que imagina que eso sería «ganar los corazones y las mentes del pueblo»). Los editores de *The New York Times* se hicieron eco del mismo tema al día siguiente, doce días después de que el periódico informara que las operaciones criminales se ponían en marcha.

Con respecto a la magnitud de la ayuda, sólo cabe esperar que sea cuantiosa. De lo contrario, en pocas semanas, la tragedia humana podría ser de proporciones mayúsculas. Si el gobierno es sensato, debe haber por lo menos una demostración del «lanzamiento de ayuda masivo», que los funcionarios mencionan pero que, hasta el 30 de septiembre, no se ha producido. Y no por falta de medios.

Las instituciones legales internacionales debían probablemente ratificar los esfuerzos por arrestar y enjuiciar a Bin Laden y a otros —suponiendo que pudiera probarse su culpabilidad—, incluso recurriendo al uso de la fuerza. ¿Por qué evita Estados Unidos ese recurso? ¿Sólo por no querer legitimar un enfoque, que también podría ser usado contra nuestros actos de terrorismo o hay otros factores en juego?

Gran parte del mundo ha estado pidiendo alguna evidencia que involucre a Bin Laden con el crimen y, si esa evidencia pudiera ser ofrecida, no sería difícil aglutinar enorme apoyo en un esfuerzo internacional, bajo los auspicios de Naciones Unidas, para apresar y enjuiciar a Bin Laden y a sus colaboradores.

No es imposible que pudiera hacerse a través de medios

diplomáticos —como han señalado de varias maneras los talibanes —, pero esos intentos han sido descartados despectivamente, en favor del uso de la fuerza.

Sin embargo, no es cosa fácil ofrecer evidencias convincentes. Aunque Bin Laden y su red estén envueltos en los crímenes del 11-09, puede ser muy difícil ofrecer evidencias verosímiles. Hasta donde sabemos, la mayoría de los autores se suicidaron en sus horrendas misiones.

La dificultad de ofrecer evidencias creíbles quedó al descubierto cuando, el 5 de octubre, el primer ministro británico Tony Blair declaró con gran despliegue de fanfarria «ahora no hay absolutamente ninguna duda» sobre la responsabilidad de Bin Laden y los talibanes, dando a conocer lo que ha debido ser el esfuerzo de investigación más exhaustivo de la historia, en el cual han participado las fuentes de todos los servicios de inteligencia occidentales y algunos más. Pese a la verosimilitud de la acusación y al esfuerzo sin precedentes para hacerlo, la documentación es sorprendentemente escasa. Sólo una pequeña parte de ella tiene que ver con los crímenes del 11-09. Y esa pequeña parte no sería tomada en serio, si se presentara como una acusación contra actos criminales de Estados occidentales o sus aliados. El *Wall Street Journal* describe con acierto los documentos «más como una acusación, que como evidencia detallada», y relega el reportaje a la última página. El *Journal* señala —también con acierto— que no importa y cita a un veterano funcionario de Estados Unidos: «La causa criminal no viene al caso. El plan es eliminar al señor Bin Laden y a su organización». El objetivo de la documentación es permitir a Blair, al secretario general de la OTAN y demás, asegurar al mundo que la evidencia es «clara y convincente».

Es muy poco probable que la acusación presentada resulte verosímil en Oriente Medio, como informó en el acto Robert Fisk. Tampoco es verosímil para quien lea algo más que los titulares. Por el contrario, los gobiernos y sus instituciones tienen sus razones para acatar lo dicho. Podríamos preguntarnos por qué eligieron los especialistas en propaganda de Washington a Blair para presentar la acusación: tal vez para sostener la imagen de estar guardando alguna evidencia muy convincente por «razones de seguridad». O por la esperanza de que Blair diera el golpe, adoptando posturas al

mejor «estilo Churchill».

En el trasfondo hay otros campos minados donde los consejeros deben pisar con sumo cuidado. Vuelvo a citar a Arundhati Roy: «La respuesta de los talibanes a las exigencias de Estados Unidos de extraditar a Bin Laden ha sido de una racionalidad nada corriente en ellos: ofrezcan pruebas y lo entregaremos. La contestación de Bush ha sido que la exigencia no es negociable». Arundhati Roy añade una de las muchas razones por las cuales ese esquema es inaceptable para Washington: «Mientras continúan las conversaciones para lograr la extradición de los presidentes de los consejos directivos de empresa, ¿puede India solicitar la extradición de Warren Anderson a Estados Unidos? Era el presidente de Union Carbide, responsable del escape de gas, que mató en Bhopal a dieciséis mil personas en 1984. Hemos reunido las pruebas necesarias. Figuran en los expedientes. ¿Nos los quieren entregar, por favor?».

No necesitamos inventar ejemplos. El gobierno haitiano ha estado pidiendo a Estados Unidos la extradición de Emmanuel Constant, uno de los líderes paramilitares más brutales, mientras las administraciones del primer Bush y de Clinton (en contra de muchos ilusos) prestaban apoyo tácito a la Junta de Gobiernoy a sus potentados partidarios. Constant fue juzgado en ausencia en Haití y condenado a cadena perpetua por su papel en las masacres. ¿Ha sido extraditado? ¿Ha suscitado el asunto alguna inquietud perceptible en los medios de comunicación? Con seguridad hay buenas razones para las respuestas negativas: la extradición podría conducir a poner al descubierto conexiones que serían embarazosas para Washington. Y, al fin y al cabo, Constant fue figura principal en la matanza de sólo alrededor de cinco mil personas. Si comparamos la población de los dos países, equivaldría a unos cuantos cientos de miles en Estados Unidos.

Observaciones semejantes provocan berrinches desenfrenados en los sectores de opinión extremistas occidentales, algunos de ellos llamados «la izquierda». Pero, para los occidentales que han conservado la cordura y la integridad moral —y para muchas de las víctimas tradicionales— son observaciones instructivas y significativas. Es de presumir que los líderes de gobierno lo entiendan.

El singular ejemplo que Roy menciona no es, desde luego, más que el principio. Y es uno de los ejemplos menores, no sólo por la magnitud de la atrocidad, sino porque no fue explícitamente un crimen de Estado. Supongamos que Irán estuviera reclamando la extradición de altos funcionarios de las administraciones Carter y Reagan, negándose a presentar pruebas fehacientes de los crímenes que implementaron… que, con seguridad, existen. O supongamos que Nicaragua estuviera pidiendo la extradición del recién nombrado embajador en Naciones Unidas, un hombre cuya trayectoria incluye sus servicios como «procónsul» (así solía llamársele) en el virtual feudo de Honduras donde, con toda certeza, era consciente de estar apoyando a terroristas de Estado. Y lo que es aún más significativo, su trayectoria incluye sus obligaciones como supervisor local de la guerra terrorista contra Nicaragua, lanzada desde bases hondureñas. ¿Aceptaría Washington extraditarlo? ¿Suscitaría siquiera burlas el pedido?

Eso es apenas el principio. Es mejor dar carpetazo, igual que es mejor mantener el silencio digno de admiración, que ha reinado desde el nombramiento de una figura destacada en el manejo de operaciones condenadas como terroristas —por las más altas instituciones internacionales existentes— para conducir una «guerra contra el terrorismo». Hasta Jonathan Swift se habría quedado sin habla.

Ésa puede ser la razón para que los expertos en publicidad de la administración prefieran el ambiguo término de «guerra», al mucho más explícito término de «crimen»… «Crimen contra la humanidad», como la han descrito con precisión Robert Fisk, Mary Robinson y otros.

Si cae el régimen talibán y Bin Laden —o cualquier otro a quien Estados Unidos y sus aliados reclamen— es capturado o muerto, ¿qué pasará después? ¿Qué pasará en Afganistán? ¿Qué pasará en otras regiones más amplias del mundo?

Con seguridad, el objetivo de la administración sería continuar el silencioso plan de genocidio en marcha, combinado con gestos humanitarios para arrancar el aplauso del coro habitual, convocado para cantar loas a los nobles líderes, dedicados —por primera vez en la historia— a los «principios y valores» y a conducir al mundo a

una «nueva era» de idealismo y compromiso, para «acabar con la inhumanidad» en todas partes. Turquía está ahora muy satisfecha de poder unirse a la «Guerra contra el Terror» de Washington, incluso mandando tropas de tierra. La razón —ha dicho el primer ministro Ecevit— es que Turquía tiene con Estados Unidos una especial «deuda de gratitud» porque, al contrario que otros países europeos, Washington «apoyó a Ankara en su lucha contra el terrorismo». Se refiere a los quince años de guerra, que llegó a su apogeo en los noventa —con creciente ayuda de Estados Unidos— y dejó decenas de miles de muertos, dos o tres millones de refugiados, más tres mil quinientos pueblos y ciudades destruidos (siete veces más que en Kosovo bajo las bombas de la OTAN). Turquía fue también colmada de elogios y premiada por Washington por haberse unido al esfuerzo humanitario en Kosovo, utilizando los mismos suministros de F-16, empleados con tanta eficacia en su colosal limpieza étnica y otras operaciones de terrorismo de Estado. La administración podría también convertir a la Alianza del Norte en una fuerza viable y atraer a ella a otros señores de la guerra —que le son hostiles—, como el antiguo favorito de Washington, Gulbuddin Hekmatyar, ahora en Irán. Presumiblemente comandos británicos y estadounidenses se harán cargo de misiones dentro de Afganistán mientras, al mismo tiempo, hacen bombardeos selectivos. Pero en menor escala, con vistas a no reclutar nuevas fuerzas para la causa de los islamistas radicales.

Las campañas de Estados Unidos no deben ser comparadas tan a la ligera con la fallida invasión soviética de los años ochenta. Los soviéticos se enfrentaban con un ejército muy importante —quizá de cien mil o más hombres—, organizados, entrenados y fuertemente armados por la CIA y sus socios. Estados Unidos se enfrenta con fuerzas variopintas en un país casi destruido por veinte años de horror. Un horror del cual tenemos una nada despreciable cuota de responsabilidad. Las tropas talibanas, tal y como están, podrían desmoronarse rápidamente, si no fuera por un pequeño grupo bien curtido en el combate.

Y sería de esperar que la población sobreviviente diera la bienvenida a fuerzas invasoras, si no estuvieran demasiado visiblemente asociadas con las pandillas asesinas, que hicieron trizas al país, antes de que los talibanes tomaran el poder. A estas

alturas, mucha gente estaría dispuesta a darle la bienvenida a Gengis Kan.

¿Y luego qué? Expatriados afganos y, aparentemente, algunos personajes internos que no son parte del círculo más allegado a los talibanes, han hecho llamamientos para que Naciones Unidas haga un esfuerzo por establecer alguna especie de gobierno de transición. Un proceso que podría tener éxito en reconstruir algo viable a partir de los escombros, si se lo proveyera de cuantiosa ayuda, canalizada a través de fuentes independientes como Naciones Unidas o de ONG, que tuvieran credibilidad. Hasta ahí tendría que llegar esa mínima responsabilidad que debían asumir aquellos que han hundido a ese pauperizado país en una tierra de terror, desesperación, cadáveres y víctimas mutiladas. Es algo que podría hacerse, pero no sin grandes esfuerzos populares de las sociedades ricas y poderosas. En la actualidad esa vía ha sido borrada por la administración Bush, que ha anunciado que no se va a empeñar en la empresa de «construir una nación»… O, hasta ahora, así parece (30 de septiembre), en un esfuerzo que sería mucho más honorable y humano: apoyo substancial, sin interferencias, a otros que sean de verdad capaces de lograr algún éxito en la empresa de «construir una nación». Pero la actual negativa a considerar esa vía decente no está grabada en la piedra de la Ley.

Lo que pase en otras regiones depende de factores internos, de la política de actores extranjeros (por razones obvias, en primer lugar Estados Unidos) y de cómo marchen las cosas en Afganistán. Es poco lo que se puede decir con absoluto convencimiento. Pero para muchas de las posibles vías es también factible hacer algunas valoraciones sobre las probables consecuencias. Y hay muchas posibilidades, demasiadas, para pretender revisarlas en comentarios breves.

Para lograr dar forma a una alianza internacional, Estados Unidos ha dado un giro repentino a su postura con respecto a una cantidad de países de Oriente Medio, África y Asia, ofreciéndoles una variedad de paquetes políticos, militares y monetarios, a cambio de distintas formas de apoyo. ¿Cómo pueden afectar esas súbitas mudanzas a la dinámica política en esas regiones?

Washington se está moviendo con mucha cautela. Debemos

recordar lo que está en juego: las mayores reservas de energía del mundo, en primer lugar Arabia Saudí, pero también toda la región del Golfo, junto con recursos nada despreciables en Asia central. Aunque sea un factor menor se ha hablado durante años de Afganistán como posible zona donde construir los oleoductos que ayudarán a Estados Unidos en las complejas maniobras sobre el control de los recursos de Asia central. Al norte de Afganistán los Estados son frágiles y violentos. El más importante es Uzbekistán. Human Rights Watch lo ha condenado por violaciones graves de derechos humanos, es un país que está luchando contra la insurgencia islámica interna. Tayikistán es otro caso parecido. Es también una importante ruta de tráfico de drogas hacia Europa —relacionada sobre todo con la Alianza del Norte— que controla gran parte de la frontera con Afganistán y parece ser la principal fuente de drogas, desde que los talibanes acabaron prácticamente con la producción de amapolas. La huida de afganos hacia el norte puede provocar toda suerte de conflictos internos. Pakistán, que ha sido el mayor apoyo de los talibanes, tiene un fuerte movimiento islámico radical interno. Su reacción es impredecible y en potencia peligrosa, si Estados Unidos lo usa abiertamente como base de sus operaciones en Afganistán. Es aconsejable no olvidar la extendida preocupación por el hecho de que Pakistán tiene armas nucleares. El militarismo paquistaní, si bien anhela conseguir ayuda militar de Estados Unidos (que ya le ha sido prometida) se muestra cauteloso por las tormentosas relaciones del pasado y porque le preocupa un Afganistán en potencia hostil, aliado con su enemiga del Este, India. A India le disgusta que la Alianza del Norte esté dirigida por tayiquis, uzbekos y otras minorías afganas hostiles a Pakistán, apoyadas por India, Irán, Rusia y ahora también por Estados Unidos.

En la región del Golfo, hasta sectores ricos y seculares son críticos con la política de Estados Unidos y, con bastante frecuencia, expresan su apoyo a Bin Laden —a quien detestan—, porque lo consideran «la conciencia del Islam» (*The New York Times*, 5 de octubre, citando a un abogado de empresas multinacionales, que estudió en Estados Unidos). Esos sectores expresan su apoyo en voz baja, porque todos esos Estados son represivos; uno de los factores que atiza el odio a Estados Unidos es, precisamente, su apoyo a esos

regímenes. El conflicto interno puede extenderse fácilmente, con consecuencias que podrían ser catastróficas, en particular, si el control de Estados Unidos sobre los enormes recursos de la región se ve amenazado. Problemas similares se extienden por el norte de África y el sudeste de Asia, en particular Indonesia. Aparte incluso de los conflictos internos, el creciente flujo de armamentos hacia los países de la región aumenta los probables conflictos armados y el tráfico de armas con organizaciones terroristas y traficantes de drogas. Los gobiernos esperan ansiosos unirse a Estados Unidos en su «guerra contra el terrorismo», con el objetivo de que sus Estados terroristas —a veces en gran escala—, reciban su apoyo, (entre ellos Rusia y Turquía, para mencionar los ejemplos más obvios, si bien Turquía se ha beneficiado siempre con el decisivo apoyo de Estados Unidos).

India y Pakistán, países fronterizos que tienen armas nucleares, han estado durante años enzarzados en graves conflictos. ¿Cómo podría afectar sus inestables relaciones, la intensa y repentina presión que Estados Unidos está ejerciendo en la zona?

La principal fuente de conflictos es Cachemira, donde la India sostiene estar combatiendo al terrorismo islámico, mientras Pakistán sostiene que la India niega la autodeterminación y ella misma ha llevado a cabo acciones terroristas en gran escala. Todas las reivindicaciones son, por desgracia, básicamente ciertas. Ha habido varias guerras a cuenta de Cachemira. La última en 1999, cuando los dos Estados disponían de armas nucleares. Afortunadamente las mantuvieron bajo control, pero es difícil garantizar que lo sigan haciendo. Es probable que la amenaza nuclear aumente si Estados Unidos persiste en sus programas de militarización del espacio (eufemísticamente llamados de «defensa antimisiles»). Esos programas ya incluyen el apoyo para la expansión de fuerzas nucleares chinas, con el propósito de ganarse la aquiescencia china a dichos programas. Es de presumir que India intente competir con la expansión china; luego lo intentará Pakistán y, más adelante, incluso Israel. La capacidad nuclear de todos esos países fue descrita por el antiguo jefe del Comando Estratégico de Estados Unidos como «en extremo peligrosa», y como una de las principales amenazas en la región.

«Relaciones inestables» es una expresión acertada, pero pueden ser algo peor.

Antes del 11 de septiembre, la administración Bush fue ferozmente criticada —incluso por naciones aliadas— a causa de su política «unilateral». Para citar sólo algunos ejemplos recientes: negativa a firmar el protocolo de Kioto contra el efecto invernadero; intención de violar el tratado ABM (misil antibalístico) para militarizar el espacio con el programa «defensa antimisiles»; retirada en señal de protesta de la conferencia contra el racismo de Durban, Sudáfrica. ¿Podría generar un nuevo «multilateralismo» el esfuerzo repentino de Estados Unidos por formar una alianza, dentro de la cual pudiera producirse algún avance en la inesperada evolución positiva de ciertos conflictos, como la mejora de la situación palestina?

Merece la pena recordar que el «unilateralismo» de Bush es una prolongación de prácticas habituales. En 1993, Clinton informó a las Naciones Unidas que Estados Unidos actuará, como antes, «multilateralmente cuando fuera posible y unilateralmente cuando fuera necesario». Y procedió en consecuencia. La postura fue reiterada por la embajadora ante las Naciones Unidas Madeleine Albright y, en 1999, por el secretario de Defensa William Cohen. Cohen declaró que Estados Unidos está obligado al «uso unilateral de la fuerza militar» para defender intereses vitales, que incluyen «garantizar el acceso sin trabas a los mercados clave, el suministro de energía y los recursos estratégicos». Y, por cierto, a cualquier cosa que Washington pueda determinar esté bajo su jurisdicción. Pero es verdad que Bush ha ido aún más lejos, provocando considerable ansiedad entre sus aliados. La actual necesidad de formar una coalición puede atenuar la retórica, pero no es probable que cambie la política. Se espera que los miembros de la coalición sean seguidores callados y obedientes, no participantes. La política de Estados Unidos se reserva de modo explícito el derecho de actuar como le parezca y evita, cuidadosamente, cualquier recurso significativo a las instituciones internacionales, como le exige la ley. Hay gestos contrarios a esa postura, pero carecen de credibilidad. Es de suponer que los gobiernos acepten la política de Estados Unidos, inclinándose ante el poder, como suelen hacer por sus propios

intereses. Es improbable que los palestinos salgan ganando nada. Por el contrario, los ataques terroristas del 11-09 fueron un golpe fatal para ellos, como palestinos e israelíes reconocieron de inmediato.

Desde el 11 de septiembre, el secretario de Estado Colin Powell ha insistido en señalar que Estados Unidos puede adoptar una nueva postura hacia la difícil situación de los palestinos. ¿Cuál es su lectura de las manifestaciones de Powell?

Mi lectura es exactamente la misma que la que los funcionarios y otras fuentes citaban al final del artículo de primera plana de *The New York Times*. Hacían hincapié en que Bush-Powell ni siquiera llegaban tan lejos como las propuestas de Clinton en Camp David, elogiadas aquí en los medios de comunicación, pero absolutamente inaceptables, por razones discutidas en Israel y otros sitios. Cualquiera puede ver esas razones si mira un mapa… Supongo que ése es uno de los motivos para que sea tan difícil encontrar mapas aquí, aunque no en otras partes del mundo, Israel incluido. Es posible encontrar más detalles sobre el tema en artículos de la época de Camp David, incluido el mío, y ensayos en la recopilación editada por Roane Carey, *The New Intifada* [La nueva intifada].

El libre flujo de información es una de las primeras víctimas de cualquier guerra. ¿Es de alguna manera excepcional la situación actual? ¿Ejemplos?

Los impedimentos para el libre flujo de la información en países como Estados Unidos rara vez se pueden adjudicar al gobierno. Es más bien autocensura de tipo bien conocido. La situación actual no es excepcional… en mi opinión, bastante mejor que la norma.

Hay, sin embargo, algunos ejemplos alarmantes de los esfuerzos del gobierno por restringir el libre flujo de información en el extranjero. El mundo árabe ha tenido una fuente de noticias libre y abierta: el canal de noticiarios de televisión Al-Yazira, vía satélite —inspirado por el modelo de la BBC—, con una enorme audiencia en el mundo de habla árabe. Es la única fuente no censurada, que ofrece gran cantidad de noticias importantes, además de debates directos y un amplio espectro de opiniones. Suficientemente amplio

como para incluir las de Colin Powell pocos días antes del 11-09 y las del primer ministro israelí Barak (también las mías, todo hay que decirlo). Al-Yazira «es además el único canal que mantiene corresponsales en la parte de Afganistán controlada por los talibanes» (*Wall Street Journal*). Entre otros ejemplos fue responsable de la exclusiva filmación de la destrucción de estatuas budistas que, con razón, escandalizaron al mundo. También ha ofrecido largas entrevistas con Bin Laden, que estoy seguro han sido seguidas de cerca por los servicios de inteligencia occidentales. Son muy valiosas para quienes quieran saber lo que piensa. Están traducidas y retransmitidas por la BBC, algunas de ellas después del 11 de septiembre.

Al-Yazira es, naturalmente, despreciada y temida por las dictaduras de la región, sobre todo por sus fidedignas denuncias en el terreno de los derechos humanos que ha alcanzado también a Estados Unidos. La BBC informa que «Estados Unidos no es el primero en sentirse agraviado por la cobertura que ofrece Al-Yazira que, en el pasado, ha provocado las iras de Argelia, Marruecos, Arabia Saudí, Kuwait y Egipto, por conceder espacio en sus transmisiones a los disidentes políticos».

Según la BBC, el emir de Qatar confirmó: «Washington ha pedido a Qatar que controle a la influyente estación de televisión árabe Al-Yazira cuya línea editorial es demasiado independiente». El emir, que también preside la Organización de la Conferencia Islámica que incluye a cincuenta y seis países, informó a la prensa de Washington que el secretario de Estado Powell lo había presionado para que metiera en cintura a Al-Yazira. De acuerdo con Al-Yazira, «persuadir a Al-Yazira para bajar el tono de su cobertura». Preguntado sobre los informes de pedido de censura, el emir dijo: «Es verdad. Los hemos recibido de la administración de Estados Unidos y también de administraciones estadounidenses anteriores» (BBC, 4 de octubre, citada por Reuters).

El *Wall Street Journal* publicó el único reportaje sobre esta importante noticia (5 de octubre), que también habla de la reacción de los intelectuales e investigadores de todo el mundo árabe («verdaderamente asombrosos», etcétera). Como el *Journal* ya había hecho antes, añade que «muchos analistas árabes sostienen que, después de todo, es evidente el desprecio de Washington por los

derechos humanos en países oficialmente partidarios de Estados Unidos —como Arabia Saudí—, lo que exacerba la endémica aversión contra Estados Unidos». También se ha hecho un llamativo escaso uso de las entrevistas concedidas por Bin Laden y otros materiales disponibles de Afganistán en Al-Yazira.

Después de que Al-Yazira transmitiera una cinta que resultaba muy útil para la propaganda occidental —cinta que mereció inmediata cobertura en primera plana—, el canal se hizo rápidamente famoso. *The New York Times* titulaba el artículo: «Una estación árabe ofrece cobertura innovadora» (Elaine Sciolino, 9 de octubre). El reportaje alababa al canal como «la CNN del mundo árabe, con programas de noticias y cuestiones públicas a todas horas, que llegan a millones de televidentes». «La red ha conseguido reputación por reportajes independientes e innovadores, que contrastan notablemente con otras estaciones de televisión en lengua árabe» y «ha enfocado temas considerados subversivos en la mayor parte del mundo árabe: la ausencia de instituciones democráticas, la persecución de disidentes políticos y la discriminación de las mujeres». El artículo destaca que «a quienes deciden la política de Estados Unidos les ha inquietado que Al-Yazira emita las entrevistas a Bin Laden y la oratoria contra Estados Unidos» de analistas, invitados y de quienes «llaman por teléfono durante las emisiones». Del resto no se dice nada, aunque hubo un artículo de fondo ligeramente admonitorio al día siguiente.

De manera que sí, hay trabas contra el libre flujo de información. Pero no se le puede echar la culpa a la censura ni a las presiones del gobierno, factor poco habitual en Estados Unidos.

¿Cuáles cree usted que deben ser en estos tiempos las prioridades y el papel de los activistas sociales, preocupados por la justicia? ¿Debemos aplacar las críticas, como algunos sostienen? ¿O es éste, en cambio, el momento de renovar y ampliar los esfuerzos, aunque sólo sea porque es una crisis en la cual podemos tener una influencia positiva importante? Y también porque grandes sectores de la población mundial están de verdad mucho más receptivos que de costumbre para discutir e investigar, si bien otros nos miran con decidida hostilidad.

Depende de lo que esos activistas sociales estén intentando lograr.

Si su objetivo es incrementar la escalada de violencia y aumentar la probabilidad de más atrocidades como la del 11-09 —y, lamentablemente, incluso otras peores, de sobra conocidas por gran parte del mundo—, en ese caso, los activistas deben por cierto aplacar sus análisis y críticas, negarse a pensar y reducir su participación en los gravísimos temas en los cuales han estado comprometidos. El mismo consejo vale si quiere ayudar a los sectores más reaccionarios y regresivos del sistema de poder económico-político, a implementar planes, que provocarán graves daños a la población en general, aquí y en gran parte del mundo, y que hasta pueden amenazar la supervivencia humana. Si, por el contrario, el objetivo de los activistas sociales es reducir la probabilidad de futuras atrocidades y ofrecer esperanzas de libertad, derechos humanos y democracia, deben seguir el camino contrario. Deben intensificar sus esfuerzos para descubrir cuáles son los factores que están detrás de estos y otros crímenes, y dedicarse todavía con más energía a las causas justas, con las cuales ya están comprometidos. Deben escuchar cuando el obispo de la ciudad sureña mexicana de San Cristóbal de las Casas —que ha visto su cuota de miseria y opresión— urge a los estadounidenses a «reflexionar sobre por qué son tan odiados», después de «haber generado tanta violencia para proteger sus intereses económicos» (Marion Lloyd, ciudad de México, *The Boston Globe*, 30 de septiembre).

Es con seguridad más cómodo escuchar las palabras de comentaristas liberales, que nos aseguran: «Nos odian porque defendemos un "nuevo orden mundial" de capitalismo, individualismo, secularización y democracia, que debería ser la norma en todas partes» (Ronald Steel, *The New York Times*, 14 de septiembre). O escuchar a Anthony Lewis, quien nos asegura que, lo único que tiene que ver con nuestra política pasada, es que «afecta negativamente actitudes públicas en el mundo árabe con respecto a los esfuerzos de la coalición antiterrorista» (*The New York Times*, 6 de octubre). Lo que hemos hecho, declara con aplomo, puede no haber influido en los objetivos de los terroristas. Lo que estos comentaristas dicen está tan fuera de lugar, que puede ser ignorado. También podemos descartar la falta de coherencia entre lo que han estado diciendo y sus acciones concretas a lo largo de veinte años

de terror… Terror bastante evidente contado extensamente por periodistas y eruditos serios. Es para ellos una verdad necesaria —que no exige evidencia ni argumentos—, que los terroristas buscan «la transformación violenta de un mundo pecador e injusto, sin remisión posible» y sólo están por el «nihilismo apocalíptico» (se congratula de citar a Michael Ignatieff). Ni sus pretendidos objetivos y acciones ni las actitudes claramente expresadas de los pueblos de la región —hasta las muy pro estadounidenses de los kuwaitíes—, hacen la menor distinción. De modo que debemos ignorar cualquier cosa que hayamos podido hacer para provocar tal respuesta.

Un punto de vista sin duda más cómodo, pero no más sensato, si es que nos importa lo que tenemos por delante.

Con seguridad no nos van a faltar oportunidades. La conmoción provocada por los horrendos crímenes han dado ocasión a que, sectores de élite, ya hayan empezado a reflexionar de una manera difícil de imaginar no hace mucho. Esta afirmación es todavía más válida para el pueblo en general. Y, si sólo me refiero a mi experiencia personal debo decir que, aparte de constantes entrevistas pedidas por radios, estaciones de televisión y periódicos de Europa y otros sitios, he tenido más acceso a los medios de comunicación de Estados Unidos que nunca. Y, según me cuentan, a muchos otros les ha pasado lo mismo.

Habrá desde luego quienes exijan callada obediencia. Es de esperar esa postura de la ultraderecha y, cualquiera que esté un poco familiarizado con la historia, la esperará también —y quizá con más virulencia— de algunos intelectuales de izquierda. Es importante no sentirse intimidado por el histérico despotricar ni las mentiras, y mantenerse tan aferrado como uno pueda al camino de la verdad, la honestidad y la preocupación por las consecuencias humanas de lo que cada uno haga o deje de hacer. Son perogrulladas, pero merece la pena tenerlas en cuenta.

Más allá de los clichés, hagámonos preguntas específicas, para investigar y actuar.

APÉNDICE A

DEPARTAMENTO DE ESTADO

Informe sobre organizaciones terroristas extranjeras hecho público por la Oficina del Coordinador para el Contraterrorismo. 5 de octubre de 2001

ANTECEDENTES

El secretario de Estado ofrece la lista de Organizaciones Terroristas Extranjeras (FTO, Foreign Terrorist Organizations) en una consulta con el procurador general y el secretario del Tesoro. Esa lista es asumida conforme a la Ley de Inmigración y Nacionalidad, según está modificada en la Ley Antiterrorista y Puesta en Vigor de la Pena de Muerte de 1996. Las lista es válida por dos años, pasados los cuales tiene que ser actualizada o expira automáticamente. Actualizar al cabo de dos años la lista es un acto positivo y refleja el interés del Secretario de Estado por establecer si las organizaciones han seguido comprometidas en actividades terroristas y todavía concuerdan con el criterio especificado en la ley.

En octubre de 1997, la antigua secretaria de Estado Madeleine K. Albright aprobó la lista de los primeros treinta grupos, clasificados como Organizaciones Terroristas Extranjeras.

En octubre de 1999, la secretaria Albright ratificó la lista de veintisiete de esos grupos, pero permitió que tres de esas organizaciones desaparecieran de ella, porque su participación en actividades terroristas había cesado y ya no coincidían con el criterio empleado para nombrarlas.

La secretaria Albright incluyó en 1999 una nueva FTO (Al Qaeda) y otra más en el 2000 (Movimiento Islámico de Uzbekistán).

El secretario de Estado Colin L. Powell incluyó dos nuevas FTO (IRA Auténtico y AUC) en el 2001.

En octubre de 2001, el secretario Powell ratificó los nombres de veintiséis de las veintiocho FTO, cuyos nombres debían expirar, y combinó dos grupos previamente nombrados en uno solo (Kahane Chai y Kach).

Lista actualizada de Organizaciones Terroristas Extranjeras (5 de octubre de 2001)[11].

1. Organización Abu Nidal (OAN)
2. Grupo Abu Sayyaf
3. Grupo Islámico Armado (GIA)
4. Aum Shinrikyo
5. Patria Vasca y Libertad (ETA)
6. Yama Islamiya (Grupo Islamista de Egipto)
7. Hamás (Movimiento de Resistencia Islámico)
8. Harakat ul-Mujahidín (HUM)
9. Hezbolá (Partido de Dios)
10. Movimiento Islámico de Uzbekistán (MIU)
11. Yamaa Islamiya (Yihad Islámica Egipcia)
12. Kahane Chai (Kach)
13. Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK)
14. Tigres de Liberación de Tamil Eelam (LTTE)
15. Organización Mujahidin-e Khalq (MEK)
16. Ejército de Liberación Nacional (ELN)
17. Yihad Islámica Palestina (YIP)
18. Frente Palestino de Liberación (FPL)
19. Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP)
20. Comando General del FPLP (CG-FPLP)
21. Al Qaeda
22. IRA Auténtico
23. Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)
24. Núcleo Revolucionario (antes ELA)
25. Organización Revolucionaria 17 de Noviembre
26. Frente-Ejército Revolucionario de Liberación Popular (FERLP)
27. Sendero Luminoso (SL)

28. Autodefensas Unidas de Colombia (AUC, paramilitares)

CRITERIO LEGAL PARA HACER EL LISTADO

1. La organización debe ser extranjera.

2. La organización debe estar envuelta en actividades terroristas, según se definen en el artículo 212 (a)(3)(B) de la Ley de Inmigración y Nacionalidad[12].

3. Las actividades de la organización tienen que amenazar la seguridad de ciudadanos de Estados Unidos o la seguridad nacional (defensa nacional, relaciones exteriores o intereses económicos) de Estados Unidos.

CONSECUENCIAS LEGALES DE LA INCLUSIÓN EN LA LISTA

Legales

1. Es ilegal que una persona en Estados Unidos o sujeto a la jurisdicción de Estados Unidos provea fondos o cualquier material de apoyo a una organización que figure en la lista.

2. Si son representantes o miembros extranjeros de una organización, se les puede negar el visado o expulsarlos de Estados Unidos.

3. Instituciones financieras de Estados Unidos deben bloquear los fondos de las organizaciones y sus agentes e informar del bloqueo a la Oficina de Control de Bienes Extranjeros, del Departamento del Tesoro de Estados Unidos.

Otras consecuencias

1. Impedir donaciones o contribuciones a las organizaciones nombradas.

2. Estimular la conciencia pública y el conocimiento de las organizaciones terroristas.

3. Señalar a otros gobiernos nuestra preocupación sobre las organizaciones nombradas.

4. Estigmatizar y aislar internacionalmente a las organizaciones nombradas.

EL PROCESO

El secretario de Estado toma las decisiones referidas a la clasificación y reclasificación de las organizaciones, siguiendo una revisión exhaustiva del proceso entre los distintos servicios, en la cual se examina toda evidencia de las actividades de un grupo, tanto en documentos públicos como clasificados. El Departamento de Estado —trabajando estrechamente con el Departamento de Justicia, el Departamento del Tesoro y los servicios de inteligencia — prepara un «registro detallado» de documentos de la actividad terrorista de la organización nombrada. Siete días antes de publicar el nombre de una organización en el Registro Federal, el Departamento de Estado proporciona notificación clasificada al Congreso.

Según el estatuto, las designaciones están sujetas a revisión judicial. En caso de que la Corte Federal cuestione la designación de una organización, el gobierno de Estados Unidos recurre al registro administrativo para defender la decisión del secretario de Estado. Los registros administrativos contienen información de los servicios de inteligencia y, por lo tanto, están clasificados.

La inclusión de una organización en la lista expira a los dos años, a menos que se renueve. La ley admite que se añadan grupos en cualquier momento, después de que el secretario de Estado lo haya decidido, en consulta con el procurador general y el secretario del Tesoro. El secretario de Estado puede también revocar la designación, después de determinar que hay bases para hacerlo y notificar al Congreso.

LECTURAS RECOMENDADAS

Chomsky, Noam, *Culture of Terrorism* [Cultura del terrorismo], South End Press, 1988.

Chomsky, Noam, *Necessary Illusions* [Ilusiones necesarias], South End Press, 1989.

Chomsky, Noam, *Pirates and Emperors* [Piratas y emperadores], Claremont, 1986. Reimpreso por Amana, Black Rose y Pluto.

Chomsky, Noam y Herman, E. S., *Political Economy of Human Rights* [Economía política y derechos humanos], South End Press, 1979.

Cooley, John, *Unholy Wars: Afganistan, America and International Terrorism* [Guerras impías: Afganistán, América y terrorismo internacional], Pluto, 1999, 2001.

Alex, George (ed.), *Western State Terrorism* [Terrorismo occidental de Estado], Polity-Blackwell, 1991.

Herman, E. S., *Real Terror Network* [Auténtica red terrorista], South End Press, 1982.

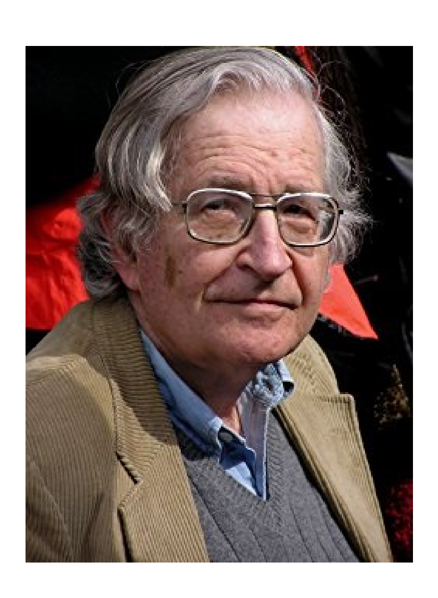
Herman, E. S., Chomsky, Noam, *Manufacturing Consent* [Fabricar consenso], Pantheon, 1998, 2001.

Herman, E. S. y O'Sullivan, Gerry, *The «Terrorism's» Industry* [La industria del «terrorismo»], Pantheon, 1990.

Laqueur, Walter, *Age of Terrorism* [La era del terrorismo], Little, Brown and Co., 1987.

Mcclintock, Michael, *Instruments of Statecraft* [Instrumentos del arte de gobierno], Pantheon, 1992.

Wilkinson, Paul, *Terrorism and the Liberal State* [Terrorismo y el Estado liberal], NYU Press, 1986.



NOAM CHOMSKY (Filadelfia, 1928), lingüista, filósofo, activista, autor y analista político estadounidense. Estudió en la Universidad de Pensilvania, donde se doctoró en 1955 con una tesis sobre el análisis transformacional, elaborada a partir de las teorías de Z. Harris, de quien fue discípulo. Entró entonces a formar parte como docente del Massachusetts Institute of Technology, del que es profesor desde 1961.

Es autor de una aportación fundamental a la lingüística moderna, con la formulación teórica y el desarrollo del concepto de gramática transformacional, o generativa, cuya principal novedad radica en la distinción de dos niveles diferentes en el análisis de las oraciones: por un lado, la «estructura profunda», conjunto de reglas de gran generalidad a partir de las cuales se «genera», mediante una serie de reglas de transformación, la «estructura superficial» de la frase. Este método permite dar razón de la identidad estructural profunda entre oraciones superficialmente distintas, como sucede entre el modo activo y el pasivo de una oración. En el nivel profundo, la persona posee un conocimiento tácito de las estructuras fundamentales de la gramática, que Chomsky consideró en gran medida innato; basándose en la dificultad de explicar la competencia adquirida por los hablantes nativos de una lengua a

partir de la experiencia deficitaria recibida de sus padres, consideró que la única forma de entender el aprendizaje de una lengua era postular una serie de estructuras gramaticales innatas las cuales serían comunes, por tanto, a toda la humanidad.

Aparte de su actividad en el terreno lingüístico, ha intervenido a menudo en el político, provocando frecuentes polémicas con sus denuncias del imperialismo estadounidense desde el comienzo de la guerra de Vietnam y sus reiteradas críticas al sistema político y económico de Estados Unidos.

Notas

[1] «[Un] acto de terrorismo es cualquier actividad que (A) signifique un acto violento o un acto peligroso para la vida humana que viole las leyes criminales de EE UU o de cualquier Estado, o que sea una violación criminal si ha sido cometido dentro de la jurisdicción de EE UU o de cualquier Estado; y (B) parezca pretender (i) intimidar o coaccionar a la población civil; (ii) influenciar la política de un gobierno por intimidación o coacción; o (iii) afecte la conducta de un gobierno por asesinato o secuestro» (*United States Code Congressional and Administrative News, 98th Congress, Second Session, 1984, 19 de octubre, volumen 2, párrafo 3077, 98 STAT. 2707 [West Publishing Co., 1984]*). <<

[2] En respuesta a la pregunta, editada aquí, Chomsky empezó reiterando un asunto ya comentado en una entrevista anterior. En ella decía que por primera vez desde la guerra de 1812 el territorio de Estados Unidos había sido atacado por fuerzas extranjeras (el 11 de septiembre). Véase p. 11. *(N. del E.)* < <

[3] La respuesta de Chomsky aquí editada, se hace eco de un comentario que hizo en una entrevista previa, en la cual hablaba del estado de ánimo en la ciudad de Nueva York y del brote de un movimiento pacifista. Véase p. 29. (N. del E.) < <

[4] Chomsky hace referencia a la noticia divulgada, inmediatamente antes de su entrevista con Barsamian, a través de la KGNU de Boulder, Colorado. *(N. del E.)* < <

[5] Véase p. 24 para una explicación más detallada de Chomsky sobre el tema. *(N. del E.)* < <

[6] Como muchas de estas preguntas están escritas por periodistas que hablan inglés como segunda lengua, en algunos casos las frases están editadas por razones de claridad, haciendo todos los esfuerzos posibles para que conserven el significado pretendido. *(N. del E.)* <<

[7] Chomsky se refiere aquí a una cita publicada en *The New York Times*, el 14 de septiembre de 2001. Véase p. 66. (N. del E.) <<

[8] Chomsky es entrevistado por la prensa española, de ahí su referencia a *España*. (N. del E.) <<

[9] Aquí Chomsky es entrevistado por medios de comunicación franceses, de ahí su referencia a Francia. *(N. del E.)* < <

[10] Aquí el entrevistador es un periodista griego, de ahí la referencia que Chomsky hace a Grecia. *(N. del E.)* <<

[11] Para la descripción de estas organizaciones terroristas internacionales, véase por favor el informe del Departamento de Estado, 30 de abril de 2001: «Patterns of Global Terrorism: 2000» [Estructuras de terrorismo global: 2000»]. < <

[12] La Ley de Inmigración y Nacionalidad define así qué significa «actividad terrorista»: cualquier actividad ilegal bajo las leyes del lugar donde se comete (o donde, si se comete en EE UU, sería ilegal según las leyes de EE UU o en cualquier estado donde se cometa) y tenga que ver con:

(I) Secuestro o sabotaje de cualquier medio de transporte (incluidos aviones, barcos o vehículos).

(II) La captura o detención, la amenaza de muerte, la lesión o detención continuada de otro individuo, para obligar a una tercera persona (incluida una organización gubernamental) a hacer o no hacer cualquier acto, como condición explícita o implícita para poner en libertad al individuo capturado o detenido.

(III) El ataque violento a una persona con protección internacional, según se define en el párrafo 1116(b)(4) del título 18 en el Código de EE UU o contra la libertad de la susodicha persona.

(IV) El asesinato.

(V) El uso de (a) agentes biológicos, agentes químicos, armas o artefactos nucleares; (b) el uso de explosivos o armas de fuego (excepto que sea por meras razones de beneficio personal) con el objetivo de poner en peligro, directa o indirectamente, la seguridad de uno o más individuos, o de causar daños substanciales a la propiedad.

(VI) Amenaza, intento o conspiración para cometer cualquiera de dichos actos. (iii) El término «involucrado en actividades terroristas» significa cometer individualmente, o como miembro de una organización, un acto de actividad terrorista o un acto que el autor sabe, o razonablemente debe saber, suministra material de apoyo a cualquier individuo, organización o gobierno para dirigir una actividad terrorista en cualquier momento, incluidos cualquiera de los siguientes actos:

(I) Preparación o planificación de una actividad terrorista.

(II) Acopio de información sobre blancos potenciales de actividad terrorista.

(III) Suministro de cualquier material de apoyo, incluidos una casa segura, medio de transporte, comunicaciones, fondos, documentación o identificación falsas, armas, explosivos o entrenamiento a cualquier individuo que el autor sepa, o tenga razones para creer, que ha cometido o planea cometer un acto terrorista.

(IV) Solicitud de fondos u otros objetos valiosos para una actividad terrorista o cualquier organización terrorista.

(V) Solicitud de cualquier individuo que pretenda ser miembro de una organización o gobierno terrorista, o comprometerse en una actividad terrorista. < <